

CB

4

Etienne Charpentier

**¡Cristo
ha
resucitado!**

4.^a edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
ESTELLA (Navarra)
1981

El amor y la amistad pueden ser objeto de reflexión desde varios puntos de vista: técnicamente (partiendo de la psicología, de la sociología...), es decir estudiándolos desde el exterior, como “problema” que plantea múltiples interrogantes. Pero ambas realidades pueden ser abordadas, igualmente, desde el interior, en tanto en cuanto representan un “misterio” que nos envuelve y trasciende: sentimos que no podemos menos de ocuparnos de ellos, ya que de una manera u otra ofrecen un sentido a nuestra vida. A partir de entonces lo que se pretende es sencillamente tomar conciencia, racionalmente, de todo ello para poder dar razón de nuestra vivencia tanto a los demás como a nosotros mismos.

De la misma manera, un historiador de las religiones puede estudiar la resurrección de Cristo —o más bien el extraño fenómeno de unos hombres que creen en su resurrección— desde el exterior. En este cuaderno abordaremos el fenómeno desde el interior. *Escrito por creyentes y para creyentes, constituye un testimonio de fe.* Su punto de partida es la experiencia de los cristianos: “Creemos en Jesús resucitado”. Su intención es sencillamente ayudarnos a comprender mejor lo que vivimos y quizá a mejor “dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos pida una explicación, pero con buenos modos y respeto” (1 Pe 3, 15-16).

Pero, ¿por qué hacer un cuaderno sobre la resurrección? Hace ya casi dos mil años que la iglesia cree en ella y su fe no ha variado.

No podemos menos de reconocer sin embargo que, durante varios siglos, la resurrección había perdido importancia en la teología y en la enseñanza religiosa tanto entre los católicos como entre los protestantes, dejando el lugar que le correspondía a otras realidades de la fe cristiana. El libro del P. Durwell, *La resurrección, misterio de salvación*, publicado en 1954, ¿no causó en su época la impresión de ser una auténtica novedad? No podemos menos de alegrarnos al observar que el misterio pascual ha vuelto a ocupar desde hace algunos años el puesto que le corresponde.

Por otro lado, desde hace medio siglo, muchas cosas han cambiado

tanto en nuestras mentalidades como en la manera de observar los problemas; ciencias nuevas han ido naciendo poco a poco: la historia, la exégesis y últimamente las ciencias del lenguaje... Debido al hecho de que la resurrección es el núcleo mismo de nuestra fe, todos estos cambios y progresos han llevado a los especialistas a estudiar de nuevo los textos evangélicos planteándose el problema no de si "Cristo ha resucitado" sino "*qué queremos decir exactamente cuando proclamamos: Cristo ha resucitado*". Como se ve, no se trata ni mucho menos de poner en duda nuestra fe, sino de intentar comprenderla lo mejor posible.

Por todas estas razones, el tema de la resurrección ha provocado desde hace unos cuantos años una infinidad de trabajos. Pero la mayor parte de ellos son técnicos y han sido publicados en revistas u obras especializadas.

La intención de estos cuadernos no es presentar el último grito de la investigación ni ofrecer cosas nuevas; tampoco este cuaderno pretende ser original. Quisiera únicamente poner a disposición del mayor número posible de lectores, de manera inteligible, los más sólidos resultados adquiridos y publicados estos últimos años por los especialistas del problema.

Al intentar modestamente un balance de la situación y al ayudar quizá a nuestros lectores a una lectura ulterior de trabajos más difíciles, este cuaderno quisiera también hacernos caer en la cuenta de que, constantemente, todos los días, vivimos del resucitado, y permitirnos igualmente proclamar cada vez más profundamente que *Jesús está hoy vivo*, como señor, para gloria del Padre.

Plan de nuestro estudio, por... Jesús

El estudio de la resurrección puede ser abordado de muchas maneras, pero ya que el mismo Jesús, según nos cuenta san Lucas, dio un curso sobre el tema a dos de sus discípulos al atardecer del día de pascua, ¿qué cosa más fácil que seguir su plan?

A. EL RELATO DE LOS PEREGRINOS DE EMAUS (Lc 24, 13-35)

Dos discípulos en camino... infinidad de discípulos durante siglos y siglos... tú quizá... yo mismo...

En este relato, Lucas, con un arte fuera de serie, recoge nuestra experiencia diaria de creyentes y nos enseña a leerla,¹

Tres partes en el relato:

1. Los actores: dos discípulos y «el caminante de paso» (24, 13-18).
2. El mensaje pascual:
 - a) el acontecimiento contado por Cleofás (24, 19-24).
 - b) Jesús, partiendo de las escrituras, explica su sentido (24, 25-27)
3. Reconocimiento y celebración:
 - a) Los discípulos reconocen a Jesús al partir el pan (24, 28-32).
 - b) Se vuelven a Jerusalén para celebrar su fe con sus hermanos (24, 33-35).

Inmediatamente después de este relato nos encontramos con el de la aparición a los once: Jesús se manifiesta a los discípulos reunidos (los once y los dos discípulos) y les envía en misión hasta el fin del mundo (24, 36-49).

Como en el resto de la biblia, en este relato no se trata de ningún «directísimo» de los acontecimientos, sino de un relato construido por un autor determinado. Por tanto, lo primero que debemos hacer es preguntarnos lo que Lucas quería decirnos al componer como lo hizo este relato.

Desde el primer momento una cosa salta a la vista: los discípulos no reconocen inmediatamente a Jesús. ¿Qué hubiéramos hecho nosotros en su lugar? Casi seguro que hubiéramos dicho a los dos discípulos desamparados: «¡mirad: soy yo!» Ahora bien, Jesús hace que primero se expliquen largo y tendido.

Una esperanza fallida

«Nosotros esperábamos, nosotros...» Estas palabras están llenas de todo el peso de la vida

¹ Para un estudio más detallado, véase J. DUPONT, *Le repas d'Emmaüs: Lumière et Vie* 31 (1957) 77-82.

cotidiana, llenas de esperanza y de experiencia humanas. Cleofás y su compañero tienen sus planes sobre el hombre y sobre el mundo, planes que contienen evidentemente un aspecto político: la «liberación de Israel»; planes lo suficientemente sólidos como para llevarles a comprometerse totalmente: creían que Jesús los iba a realizar, por eso hace meses que le siguen. Pero en vano. Su esperanza la han contemplado clavada en una cruz... Alicaídos, se vuelven a casa. Y sin embargo esta aventura continúa dándoles vueitas en la cabeza; de ella van hablando al caminar. De una esperanza que ya no tiene sentido...

Mientras van hablando de él, Jesús mismo se une a ellos, pero no le reconocen. Trágica paradoja: estos discípulos conocían bien a Jesús: cuando hablan con él, resumen perfectamente su vida casi en los mismos términos de Pedro en sus discursos;² más aún: saben que algunas mujeres y algunos discípulos han descubierto la tumba abierta... y no le reconocen. Existe pues un conocimiento intelectual de Jesús que no basta para encontrarlo.

El sentido de una esperanza

Jesús se sitúa en lo más íntimo de sus preocupaciones y les deja que hablen cuanto quieran sobre su esperanza fallida. Antes de esto ¿hubiera podido hacer que le reconocieran? Probablemente sí, pero corriendo el riesgo de que la fe en la resurrección resultase para ellos una creencia tipo parche al margen de sus planes sobre el hombre.

Jesús les induce a formular esos planes. Están totalmente imbuidos de ellos y por ello

² Podríamos poner en dos columnas paralelas el curso de Cleofás con bastantes de los textos de los Hechos de los apóstoles. Compárese por ejemplo v. 19 y Hech 2, 22; 3, 22; 10, 38... v. 20 y Hech 2, 23-36; 3, 13-14; 4, 10; 5, 30...

en seguida se ponen a hablar; sólo que esta esperanza ya no tiene sentido para ellos.

Pero ¿es seguro que lo que hay que cambiar es esta esperanza? ¿O el sentido que ellos le daban? Tenían unos planes, pero eran **los suyos**, los que ellos se habían hecho y que les bloqueaban, cegándolos e impidiéndoles reconocerle; estos planes se habían cumplido, aunque de manera diferente a como ellos se lo imaginaban, en este «extranjero» que ahora camina con ellos. Hablan a Jesús, pero tal y como ellos se lo imaginan, y por ello... no le reconocen.

Jesús habla a su vez; pero no para cambiar sus planes sobre el hombre, sino para darles su verdadero sentido. Para esto «da con ellos un repaso a toda la escritura, haciéndoles comprender lo que a él se refería». Jesús parte de lo que ellos viven, toma sus vidas en su totalidad situándolas en el gran proyecto de Dios que muestran las escrituras. Reformula su esperanza en términos de escritura. Y, de repente, sus corazones empiezan a arder al mismo tiempo que sus planes van situándose en su lugar dentro del dinamismo que recorre de arriba a abajo toda la escritura para conducir finalmente a Cristo.

Le reconocen en el «partir el pan», es decir, en el lenguaje de los primeros cristianos, en la eucaristía. A partir de esta eucaristía, de esta presencia celebrada del Jesús vivo, el discípulo puede empezar a comprender la pascua.

Inmediatamente se levantan: la fe no puede ser individual, se celebra entre creyentes. Pero nunca en círculo cerrado: si se celebra al resucitado es para presentarlo al mundo: Jesús, al aparecérselos, les convierte en sus testigos.

B. LOS CAMINOS DE NUESTRA REFLEXION

Con este estudio nos hemos metido de lleno en el camino de Emáus, que no es otro

que nuestro propio camino de hombres. Camino que a veces nos parecerá un poco largo y complicado, ya que tomará senderos un tanto desconocidos. Se compone de tres grandes etapas.

1. El Antiguo Testamento

Como los dos discípulos, también nosotros somos creyentes, sabemos muchas cosas sobre Jesús y recitamos el «Credo»: «Jesús ha resucitado». Pero *¿qué queremos decir con estas palabras? ¿Qué tiene que ver esta afirmación con nuestra vida cotidiana?*

Nuestra vida, como la de Cleofás, está llena de esperanzas y, muchas veces, de esperanzas fallidas: proyectos humanos enfrentados continuamente con el sufrimiento, con el fracaso, con la imposibilidad de comunicación, con la muerte...

También nosotros nos encontramos en el camino de Emaús, con nuestra fe, pero preguntándonos muchas veces *si esta fe no estará hecha de palabra sin sentido, con nuestras esperanzas fallidas. Pero he aquí que la escritura (el Antiguo Testamento) nos acoge fraternalmente: lo que en él leemos son nuestras esperanzas y experiencias humanas de hoy (expresadas ciertamente en una cultura diferente), como si Dios hubiera hecho vivir al pueblo de Israel todas nuestras aspiraciones fundamentales.*

En nuestro recorrido, nos iremos familiarizando también poco a poco con los diferentes lenguajes con los que el Nuevo Testamento intenta expresar el misterio pascual.

La primera etapa será pues la del Antiguo Testamento, pero al mismo tiempo la nuestra de hombres del siglo XX. Al encontrarnos en estas escrituras, nos daremos cuenta de que nuestras aspiraciones están ya orientadas hacia Cristo.

Nuestra vida se nos presentará como en ten-

sión gracias a una esperanza, pero, sin embargo, una pregunta continúa preocupándonos profundamente: *¿no se tratará en realidad de sueños, de opio que tranquiliza nuestra dificultad de ser realmente hombres?*

2. La fe de los primeros cristianos

Un grupo de hombres afirma que no se trata de ningún sueño, que ellos han experimentado todo esto como realizado en Jesús y que esta realidad ha trastornado por completo su vida y continúa interpeándonos.

Tendremos pues que escucharles largo rato cuando nos hablen de su experiencia. Cuando un grupo de hombres me afirman la existencia de un hecho que da sentido a la historia y que al mismo tiempo asume todas mis aspiraciones y mis angustias, no tengo derecho a no escucharlos. *Interpelado por este hecho, podré entonces libre y conscientemente comprometerme a seguirles o buscar otro sentido distinto a mi existencia.*

Tendremos que escucharlos largo rato, ya que este hecho es tan nuevo y revolucionario que tuvieron necesidad, para expresar esta experiencia inexpressable, de las diferentes fórmulas que encontramos tanto en la predicación de Pedro como en los cánticos primitivos, las cartas de Pablo o los relatos evangélicos.

3. Jesús vivo hoy

Solo nos quedará intentar expresar esta misma fe en nuestro lenguaje de hoy, llegando a responder así a algunas preguntas que podemos plantearnos sobre la «historicidad» del acontecimiento, pero sobre todo para ver cómo este misterio da sentido a nuestra historia personal y colectiva, como dio sentido a la vida de Jesús.

I — Puesta en marcha...

Esta primera parte será muy breve... por lo que al texto se refiere, ya que nuestra reflexión personal deberá ser francamente larga. En tanto en cuanto aceptamos ir más lejos en nuestra reflexión y profundizar realmente en ella, nuestro estudio sobre la resurrección deja de ser un «estudio» para situarse en el plano de la vida real. «Nosotros esperábamos, nosotros...»: Jesús pudo revelar el sentido del misterio pascual a sus dos discípulos, porque antes habían podido hablar de sus vidas y de sus esperanzas. Por ello quizá fuera necesario cerrar este cuaderno y preguntarnos:

¹ «Muchas veces sueño, escribía Emmanuel Mounier, con un mundo en el que al encontrarnos en cualquier esquina con cualquiera que por allí pasara, pudiéramos saludarnos normalmente y continuar juntos, con la mayor naturalidad, su conversación interior.»

•

Para mí, para nosotros, ¿qué significa VIVIR? ¿Qué sentido tiene «TRIUNFAR EN LA VIDA»? ¿Cuándo soy feliz o desgraciado? ¿Por qué?... ¿Qué PLANES tengo yo en la existencia, qué quiero hacer en ella? ¿Qué fracasos encuentro en mi camino?...

•

Todos nosotros sentimos en lo íntimo de nuestro ser un profundo deseo de vivir, de llegar a ser nosotros mismos, de realizar nuestros proyectos humanos (formar una familia, hacer felices a los demás, crear algo, mejorar la sociedad...). Quisiéramos vivir en comunión con los demás, con todos los demás,¹ en armonía con el mundo...

Pero por otro lado nos sentimos constantemente limitados por nuestro cuerpo, por el su-

frimiento, por la injusticia; no acabamos de comunicarnos realmente entre nosotros; el mundo nos es tan hostil... Y, de todas formas, al final, chocamos con el obstáculo definitivo: la muerte. La muerte que continúa siendo el símbolo de nuestro fracaso radical ante la vida.

Pero hay algo dentro de nosotros que no se resigna a este fracaso: no es fácil vivir con la certeza de que un día todo esto se acabará definitivamente. Por ello desde siempre los hombres han andado buscando salidas y remedios a la angustia de la muerte.

Algunos la olvidan o intentan hacerlo, pero es una solución indigna del hombre y, de todas maneras, al final la muerte se impone...

Otros la aceptan. Unos estoicamente, acostumbrándose a ella a lo largo de su vida, intentando ser dueños de sí mismos y preparándose a aceptar cuando llegue lo inevitable. «Me vuelvo a los gérmenes eternos», decía Roger Martin du Gard poco antes de su muerte. Los marxistas piensan en la nueva sociedad que nacerá un día de su existencia valiente, lo que permite, incluso a los mejores, sacrificar sus vidas voluntariamente en favor de las futuras generaciones. Solución admirable, hacia la que no podríamos menos de orientarnos si no hubiera otras.

Algunos piensan que existe otra solución: **«existe un más allá»**, hay «un algo» después de la muerte; pero lo piensan por dos razones diferentes que podríamos expresarlas con el término castellano «creer»: «me parece que...» o

«estoy seguro de que... porque me lo han dicho».

«Me parece que...»

Al no tener la fuerza suficiente para soportar esta existencia humana con la idea de que todo se acaba con la muerte, se inventa un «más allá». Desde siempre, religiones y filosofías se crearon sus «cielos» (y la manera de expresarse de muchos cristianos en este asunto es muy semejante).

«Estoy seguro de que... porque me lo han dicho»

El judío, el cristiano o el musulmán no «sueñan» con un cielo: creen en él basados en la palabra de Dios a su pueblo. Al leer las escrituras, el creyente descubre que Dios asume todas sus aspiraciones y angustias, todo su deseo profundo de triunfar en la vida y su angustia ante el fracaso que constituye la muerte; descubre que Dios las asume, las reorienta y les da una respuesta.

Esto es lo que tendremos que descubrir en primer lugar por medio del estudio de algunos textos importantes del Antiguo Testamento.²

² *¿Cómo hemos elegido estos textos? Leyendo los evangelios y las epístolas, he intentado descubrir cuáles eran los temas fundamentales que sirvieron a los primeros cristianos para expresar el misterio pascual. Estos serán pues los temas que, agrupados según un cierto orden lógico, nos servirán de guía a lo largo de esta primera parte.*

II — El pueblo del Antiguo Testamento expresa en su propia vida nuestra aventura humana

Cuando intentamos comprender una situación concreta, feliz o desgraciada, nuestra reflexión puede orientarse en dos direcciones: buscar las causas (¿cómo se ha llegado hasta ahí?) o interesarnos por el final (¿a dónde nos lleva todo esto?; ¿cómo acabará este asunto?). Pero, inmediatamente, lo importante es vivir; espontánea o reflexivamente se adoptan ciertas actitudes, ciertas maneras de vivir (rebelión, confianza, lucha...).

Así también, siguiendo estos tres ejes pode-

mos reagrupar la reflexión de Israel tal y como nos la presenta la biblia. Al leer los relatos de la creación, intentaremos descubrir las razones por las que la condición humana es la que conocemos actualmente. Leyendo los textos de apocalipsis en los que Israel intenta comprender el final de la historia, veremos cómo Dios revela lo más importante de este asunto. Pero entre ambos momentos nos veremos reflejados sin duda en ciertas actitudes del pueblo frente a su condición humana.

Dos tipos de palabra

La palabra explicativa (el lenguaje de la ciencia).

El hombre pretende conocer las cosas; las descompone y, de esta forma, adquiere poder sobre ellas. Desde el momento en que un investigador consigue «explicar» que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno, se convierte en su dueño, puede «descomponerla» y volver a formarla en el laboratorio. Siguiendo este modo de palabra o de lenguaje, el mundo, las cosas, son para nosotros objetos de los que nos apropiamos. Pero esta palabra o explicación por la que las dominamos no nos afecta personalmente, no nos cambia: el hecho de que el agua esté compuesta de tales elementos nos interesa, pero no cambia nuestra vida.

En el otro tipo de palabra las cosas se presentan de manera totalmente diferente.

La palabra creadora (el lenguaje de la relación entre dos personas: el lenguaje del amor).¹

Cuando un hombre dice a una mujer: «te quiero», ésta no puede menos de sentirse interpelada, obligada a responder (sí o no). Esta palabra crea en ella un sentimiento nuevo y quizá un ser nuevo. En este caso, no se «posee» al otro como un objeto; el otro es alguien que nos interpela, al que se responde; uno sale de sí mismo para ir hacia él, se «existe» (etimológicamente: ex-sistir, significa salir —ex— de su propio «ser aquí y ahora» —sistere—).²

La palabra de Dios pertenece a este segundo tipo de palabra.

Cada uno de nosotros nos encontramos en la encrucijada

de múltiples llamadas que nos afectan más o menos profundamente y que hacen surgir en nosotros sentimientos múltiples e incluso múltiples seres. La mujer, por ejemplo, a la que se llama «mamá», se siente llamada por ese mismo hecho a «ser» madre, así como cuando la llamen por su nombre se sentirá llamada a «ser» esposa. A lo largo del día y de la vida nos sentimos llamados así, por las palabras y los acontecimientos que nos afectan, a «ser», a ser amigos, a ser comerciante al servicio de sus clientes, trabajador con una función precisa en la sociedad, militante que lucha por la justicia, a ser padre, madre, esposo o esposa, hijos, hermanos... Todas las «palabras» que a lo largo del día y de la vida nos dirigen los hombres hacen surgir en nosotros una multitud de seres.

Pero estas llamadas son siempre limitadas y parciales, no afectan más que a una pequeña parte de nuestro ser. Además, somos perfectamente conscientes de que muchas veces respondemos negativamente o ni siquiera respondemos. ¿Quién no ha soñado alguna vez con una llamada tan profunda, tan total, que afectase a lo más íntimo de nuestra existencia y que nos hiciera nacer a nosotros mismos en la transparencia absoluta de una respuesta que brotase de esa misma intimidad? Nos da la impresión de que solamente entonces habríamos nacido a la vida.

Ahora bien, según la biblia, esto es precisamente lo que hace la palabra de Dios.

¹ Tomamos aquí la palabra «crear» en su sentido existencial.

² Esta «palabra» puede consistir tanto en palabras como en actos. El hombre en cuestión no ha dicho quizá nada a la mujer, quizá lo único que ha hecho es sonreír o mirar de manera particular: los actos o el silencio pueden «hablar», decir muchas cosas.

A. LA REFLEXION SOBRE LA CONDICION HUMANA (Gén 1-3)

Israel surge en la historia como pueblo gracias a la liberación de Egipto y a la alianza del Sinaí (hacia 1250 antes de Cristo), y se instala en Canaán. Después del tiempo de la conquista, llega la época de la prosperidad y la paz (con David, y luego con Salomón, en el siglo X); más tarde, el pueblo vuelve a instalarse de nuevo en la tierra de los antepasados después de la de-

portación a Babilonia (entre 587 y 538). Estos dos momentos, debido a la calma relativa de que gozan, fueron particularmente propicios para una reflexión sobre la condición humana.

Partiendo de lo que van viviendo cotidianamente, los creyentes intentan responder a los múltiples problemas que se les plantean: «¿Por qué vivimos? ¿Cuál es la razón de la misteriosa atracción sexual? ¿Qué sentido tienen el sufrimiento y el mal? ¿Por qué existe la muerte?...» Todo lo que estos creyentes van descubriendo iluminados por su Dios, en lugar de expresarlo

en términos abstractos, lo proyectan en forma de relato, a los orígenes del mundo.¹

1. El hombre según su propia idea y según la idea de Dios (Génesis 1)

En este primer capítulo del Génesis² nos encontramos de hecho con una «definición» del hombre que se halla presente en todo el resto de la biblia. **El hombre es un ser que nace constantemente en (o de) su respuesta libre a la palabra de Dios que le interpela.**

Dios interpela al universo y todas las cosas responden a esta llamada naciendo a la existencia. «Dios dijo: que exista la luz... y la luz existió».

Dios interpela al hombre. Y el hombre existe. O más bien... en este punto las cosas son menos sencillas de lo que a primera vista pudiera parecer, ya que el hombre es libre. Este puede aceptar o rechazar esta llamada creadora. Ciertamente, incluso en este último caso, el hombre existe, pero con una «existencia-que-lleva-a-la-muerte».

De esta manera, la vida humana aparece en la biblia como la aventura más interesante —y dramática, pues somos responsables de ella— de un ser que no existe más que por su libre decisión.

«Mira: te pongo delante la vida y la muerte: elige la vida...», dice Dios al hombre (Dt 30, 15s). «Delante del hombre están muerte y vida; le darán lo que él escoja» (Siracida 15, 14-17).

¹ Otro de los cuadernos de la presente serie estudiará detalladamente los once primeros capítulos del Génesis. Me llimito exclusivamente a señalar algunas pistas, indispensables para nuestro estudio.

² Este relato de tradición «sacerdotal» fue compuesto durante el exilio en Babilonia (entre 587 y 538).

2. Lo que el hombre ha llegado a ser al rechazar la llamada de Dios (Génesis 2-3)

El autor del segundo relato de la creación (Gén 2-3)³ parte de nuestra condición humana e intenta comprender el por qué es tan dolorosa: ¿cuáles son las razones del mal, del sufrimiento, de la incomprensión entre los hombres, de la muerte? ¿Todo esto forma parte de la naturaleza del hombre? ¿Es algo definitivo?

El autor de este relato responde a todas estas preguntas diciendo que Dios creó al hombre para existir dichoso viviendo su relación a Dios, a los demás y al mundo, y que fue el hombre quien rompió esta armonía al rechazar la llamada de Dios.

a) El hombre existe en la relación

Dios crea al «humano» partiendo del «humus»⁴ y, a continuación, le da la vida comunicándole su hábito.

Le encarga entonces ocuparse del universo, tanto de la naturaleza como de los animales. Y al principio parece que el hombre es feliz y se desarrolla en esta construcción del mundo.

Sin embargo, pronto se va poniendo triste: entre los animales no encuentra nada ni nadie que pueda servirle de «pareja», «alguien con quien hablar».⁵ Y cuando vuelve en sí de su éxtasis (y no tanto «sueño»), el hombre exclama al contemplar a la mujer: «¡esta vez se trata realmente de lo más íntimo de mi corazón!». Y los dos pueden llegar a ser una sola carne.

El autor concluye: «los dos estaban desnudos, el uno ante el otro, sin sentir vergüenza».

³ Este relato de tradición «yavista» es más antiguo que el primero; fue compuesto hacia el siglo X antes de Cristo.

⁴ Juego de palabras en hebreo: «adam» es sacado de la «adamah» (la tierra).

⁵ Es quizá la mejor transposición de la expresión hebrea traducida generalmente por «una ayuda semejante a él».

Difícilmente podríamos encontrar una imagen más adecuada de la transparencia total de su relación. La verdad es que resulta francamente difícil «desnudarse» ante los demás, en primer lugar porque muchas veces no vemos claramente en nuestra propia persona, porque no somos transparentes ni a nosotros mismos, y además porque no tenemos muchas ganas de que el otro nos conozca tal y como somos.

Según este autor, el hombre es un ser que no llega realmente a ser hombre sino en su relación al otro y en su relación a Dios.

b) Lo que el hombre ha llegado a ser al rechazar la llamada de Dios

Desgraciadamente la condición humana tiene poco que ver con la descripción optimista del capítulo segundo del Génesis. Lo que sucede es que el hombre deshizo todo al rechazar la llamada de Dios que le interpelaba, al no querer «obedecer».⁶ Rompió la armonía con Dios (se acabó la charla tranquila del «atardecer», tiene miedo), con el otro (tienen vergüenza el uno del otro), con el mundo que se les hace hostil, consigo mismo (no es capaz ni de asumir sus actos: «fue la mujer quien...»). La misma suerte adquiere un nuevo sentido: en lugar de ser el paso a una nueva plenitud de ser, se convierte en el fin de una vida que no se sabe si acaba en la nada o en la verdadera vida.⁷

De esta manera se describen con magníficas y trágicas imágenes nuestra condición humana: nuestra necesidad de encontrar al otro, de tener alguien «con quien hablar» para poder construir-

⁶ *En cuanto teólogo, Pablo resume todo este drama en dos palabras: «obediencia-desobediencia» (Rom 5, 19). «Obedecer», según la etimología griega, significa «ponerse bajo la palabra» dejándose interpelar por ella; «desobedecer» quiere decir situarse voluntariamente «aparte», ponerse en tales condiciones que la llamada no pueda llegar.*

⁷ *«Lo que desde aquel día se convirtió en la muerte no era sino una separación tranquila y natural.»*

Péguy, Eve.

se a sí mismo, para llegar a ser hombre... y al mismo tiempo nuestra radical incapacidad de conseguirlo.

Sin embargo, el pecado no ha destruido totalmente esta posibilidad de relación. Sería necesario estudiar ahora la vida de todos esos hombres que, a lo largo de la historia de Israel y actualmente, existieron o existen realmente, desde Abrahán (Gén 12), Jacob (Gén 32), Moisés (Ex 3)... Sería necesario sobre todo repasar de nuevo toda la historia del pueblo de Dios: «creado» por Dios, al sacarlo de Egipto, experimentará a lo largo de su historia la alternancia de las respuestas positivas al amor de Dios (y por tanto de vida) y del pecado (es decir de la muerte). Pero Dios no se deja nunca ganar en amor y sin cesar le vuelve a dar la vida.

Durante los largos siglos de esta historia, de los que sólo señalaremos algunos momentos significativos, el pueblo descubre que en adelante el camino hacia la vida pasa por la muerte. Es necesario «morir para vivir».

B. MORIR PARA VIVIR

El pueblo de Dios descubrirá lenta y dolorosamente, en medio de sus experiencias históricas iluminadas por los profetas y sabios, que esta relación vital con Dios y con los demás no está destruida irremediamente: ahora se trata de **una victoria de la vida sobre la muerte.**

Detengámonos algunos momentos en ciertas actitudes de Israel ante el sufrimiento y la muerte antes de estudiar su reflexión sobre el éxodo.

1. Ante el sufrimiento y la muerte...

La angustia ante la muerte es algo por lo que todos los mortales pasan; pero en los pueblos antiguos esta realidad era todavía más fuerte, debido a que era una experiencia cotidiana. Para

Los hombres del Antiguo Testamento y la idea del alma

Cuando se formó a Adán del polvo de la tierra, Dios le infundió su hálito en las narices y «Adán se hizo alma (néfesh) viviente» (Gén 2, 7); muchas veces se traduce esta expresión por «ser viviente». La palabra néfesh, en efecto, puede tener sentidos muy amplios y variados: el hálito vital, la vida, la persona, el yo... En el compuesto humano, la néfesh es considerada como el elemento que anima la «carne» (en hebreo no se habla de cuerpo), es decir en el sentido primero de una animación fisiológica. Por otra razón, la néfesh puede ser identificada con la sangre: «no comerás carne con su alma, es decir, la sangre» (Gén 9, 4) (la misma palabra néfesh se utiliza aquí para los animales): la sangre derramada es el signo del alma y de la vida.

Fácil es, pues, comprender que esta concepción semítica del alma está a mil leguas de la concepción griega, particularmente platónica, en la que el alma (psyché) es considerada como algo relacionado con el mundo de las ideas y encerrada en el cuerpo como en una prisión. Para los seguidores de Platón, la muerte sirve para liberar al alma del cuerpo. Para un semita, por el contrario, en la muerte, al no tener otra función que la de la animación de la carne, el alma no conserva sino una vida raquítica y disminuida. Los hebreos pensaban que el alma bajaba al gran silencio del sheol (Salmo 94, 17; 115, 17); ya nada sabe de los hombres (Job 14, 21s); y no puede ya alabar a Dios (Salmo 88, 11); todo esto quiere decir que el alma en estas condiciones ha perdido toda conciencia y que está como muerta. El alma no tiene vida sin la «carne». Por ello se comprende fácilmente que lo que un semita espera del poder de Dios es que vuelva a dar vida a su alma y por tanto a su carne.

Annie JAUBERT

nosotros, una enfermedad se traduce en «tantos días de hospital»; para ellos no era la mayor parte de las veces sino la antecámara de la muerte.

Israel vive esta angustia más profundamente que los otros pueblos, ya que es honrado consigo mismo y no trata de engañarse a sí mismo en este asunto. La acepta en su aspecto trágico

de destrucción definitiva de la vida, de lo mejor que Dios había hecho, no queriendo inventar, para adormecer su angustia, historias del más allá, supervivencia de la «sombra» del difunto (como los egipcios) o de un «alma separada». Es cierto que Israel habla del «sheol» (los «infiernos»), pero para él éste no es sino una especie de agujero inmenso e indefinible en el que están colocados los muertos. Carecen de existencia personal, ya que no pueden ni siquiera alabar a Dios (Salmo 115, 17).

La muerte es considerada por los creyentes en Israel como el **fracaso definitivo**. Ante ella adoptarán tres actitudes principales que son también las nuestras y que Jesús asumirá.

a) La rebelión

La primera reacción de Israel, como la nuestra, es la rebelión. Podríamos citar numerosos textos en este sentido. Basten dos.

El libro de Job es un grito que consta de 40 capítulos: ¿por qué sufro?; ¿cuál es la razón de mi muerte prematura? «¡Ah!», dice Job, si pudiera agarrar a Dios por el cuello y pedirle cuentas de su conducta...» (Job 13). Job en su rebelión se encuentra solo frente a los cuatro teólogos que, con los argumentos tradicionales (utilizados todavía en nuestros días, por desgracia), defienden la justicia de Dios y el orden del mundo. Al término de treinta y siete capítulos, aparece Dios para «contar los goles» y hace esta extraordinaria declaración: «Uno solo ha hablado bien de mí: mi siervo Job». La razón es sencilla: sólo él, en efecto, conoce el sufrimiento y la angustia de la muerte y rechaza todos los posibles calmantes; sus gritos son los que tantas veces oímos en las calles y que nosotros mismos damos en determinados momentos: «si Dios existiera, todo esto no sucedería...». Se trata de la mismísima queja. La diferencia está en que Job la dirige a Dios. Y al final, aun sin comprender, en la fe desnuda, Job se pone en manos de Dios.

Estos mismos clamores se encuentran en la oración de Israel: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Salmo 22). El clamor de todos los desgraciados que sufren y se preguntan la razón, sube hasta Dios...

b) El abandono en la confianza

Hay momentos en los que la incomprensión se instala entre dos seres que se aman: «No entiendo nada; ¿qué le pasa? No comprendo por qué actúa así...». La separación podría ser una solución, pero si ambos se aman de verdad, se apoyan en lo que ya uno conoce del otro, sobre el amor común, aceptando en la confianza la presente situación y esperando la comprensión futura. Se sabe, además, que un día, cuando se haya vuelto a recobrar la transparencia perdida, esta incomprensión presente encontrará su puesto en esta historia de amor como uno de sus momentos más importantes.

Esta actitud es la vivida en Israel por un grupo de gentes a las que generalmente se llama «**los pobres de Dios**». El autor del **salmo 31** es perseguido, sufre, y clama a Dios. Pero su oración se resume en esta frase admirable: «en tus manos pongo mi vida» (31, 6). A pesar de todas las apariencias, está seguro del amor de Dios y por ello se pone en sus manos.

Igualmente a causa de este amor los creyentes llegarán a la certeza de que la relación con Dios no puede romperse definitivamente después de la muerte. Lo harán siguiendo dos líneas complementarias. El autor del **salmo 16** declara: «no dejarás al que te es fiel conocer la fosa», y el del **salmo 73**: «tú agarras mi mano derecha... me llevas a un destino glorioso, roca de mi espíritu, mi lote perpetuo, Dios mío». Con otras palabras, uno de ellos dice: «me amas demasiado para dejarme olvidado en la muerte», y el otro: «te amo demasiado ahora para no poder seguir amándote después». Dos maneras diferentes de abordar el mismo problema, pero una misma base: el amor vivido, experimentado,

el de Dios por el hombre, el del fiel por su Dios.¹ El Nuevo Testamento no profundiza más, sólo que podrá apoyarse sobre un hecho: Dios ha sacado a Jesús de la fosa (Hech 2, 27). Por ello Pablo podrá añadir la precisión siguiente: «después de la muerte, estaremos para siempre con Cristo».

No se trata pues de un sueño del más allá, inventado para darse ánimos y poder soportar así la existencia. Una fe así basada en el amor no ha podido nacer sino en lo más íntimo de quien ha sido interpelado por el Dios vivo.

Esta rebelión ofrecida a Dios quizá sea la única oración auténtica que podamos presentarle. Abandono confiado en Dios, seguro de su amor... Pero queda otra manera de «aceptar» el sufrimiento y la muerte: reconocerles un sentido.

c) Elegir su muerte

El fracaso, el sufrimiento, la muerte, constituyen otras tantas limitaciones impuestas a nuestra existencia, nuestro deseo de vivir, de triunfar en la vida. Nada podemos contra ellos.

Nada podemos... salvo darles un sentido, «elegirlos».

En el siglo VI antes de Jesucristo, el pueblo judío se encuentra exiliado en Babilonia. Aplastado, humillado, su existencia nacional perdida, Israel experimenta la muerte en su propia carne. Y por ello pide cuentas a Dios. El profeta llamado **Segundo Isaías** (Is 40-55) intenta descubrir el sentido de esta situación, y piensa en la fecundidad de la existencia dolorosa de los profetas que le han precedido como Moisés y Jeremías. De esta reflexión saca la conclusión de que el sufrimiento y la muerte pueden tener un

¹ Sobre esta misma base Jesús apoyará su argumentación contra los saduceos a propósito de la resurrección, siguiendo la línea del salmo 16, según Mt 22, 23-33 y Mc 12, 18-22, y siguiendo la línea del salmo 73 según Lc 20, 27-38. Véase E. Charpentier: *Tous vivent par lui: Assemblées du Seigneur n.º 63 (1971)*.

sentido: esta es la manera que Dios utilizará para manifestarse ante todas las naciones: como un Dios capaz de dar la vida. En este contexto se sitúa la descripción de la «pasión» del servidor, es decir de los auténticos fieles y creyentes: si llega a asumir este sufrimiento y esta muerte que no puede rechazar, si los «elige» convirtiéndolos en ofrenda, en sacrificio, entonces podrán llegar a ser redentores para el mundo entero y el servidor será «elevado» y «exaltado» (Is 52, 13-53, 12).²

Esta misma fe llevará a otro fiel creyente a prolongar el grito del **salmo 22**: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Este sufrimiento de todo hombre que clama a Dios exponiendo el escándalo de su vida y de todo lo que encuentra de mal en el mundo, se convierte, al elegirlo, en el punto de partida de una auténtica paz y fraternidad universales: «los pobres comerán y serán saciados...» (Salmo 22, 26-30).

De esta manera, poco a poco, el pueblo, iluminado por los testigos de la revelación, se va dando cuenta de que hay que morir para vivir. Esto le permitirá reflexionar sobre el hecho que constituye el punto de partida de su existencia, el éxodo, la liberación de Egipto, y encontrar en él el fundamento de su esperanza.

2. El éxodo o la pascua (el paso) de la muerte a la vida

Exodo: historia ejemplar del nacimiento de un pueblo. Todo empieza con la liberación de unos esclavos que toman conciencia de su situación y arden en deseos de salir de ella, cuando alguien cristaliza sus voluntades organizándoles

en un movimiento tal que les haga capaces de sustraerse a la poderosa máquina administrativa y militar que les oprime, capaces de atravesar mares y desiertos... Fácil es comprender que los oprimidos de todos los tiempos, oprimidos por otros pueblos o por las condiciones sociales, vuelven sus ojos hacia este acontecimiento para alimentar en él sus propias esperanzas.

También Israel releyó constantemente esta historia descubriendo en ella, gracias a su fe, que no es él quien se salvó, sino que fue **Dios** quien le había salvado. Humanamente, esta aventura era algo descabellado: el faraón era poderoso, el mar Rojo infranqueable; ahora bien, las aguas que hubieran debido ser su sepultura se convierten en su salvación y en la muerte de sus enemigos.

Entonces Israel empieza a comprender que es en ese momento cuando Dios le ha «creado» realmente como pueblo, que es entonces cuando Dios le ha interpelado por esa serie de hechos (las maravillas que jalonan esta liberación) y por sus palabras, la alianza del Sinaí; es igualmente el momento en el que Israel responde con amor: la época del desierto será considerada cada vez más como el tiempo del noviazgo en el que el pueblo vivía únicamente de la palabra de Dios, en la plena confianza (Os 2, 16).

Estos relatos del Exodo constituirán el criterio que permitirá a Israel descifrar su propia historia y descubrir su sentido profundo, el de la manifestación de Dios. Más aún, el de **la promesa de Dios**. En efecto, gracias a los profetas, el pueblo va tomando conciencia de que esta liberación de Egipto era ciertamente una auténtica liberación, pero que no agotaba de una vez para siempre la promesa de Dios, pues de hecho el pueblo se encuentra en peligro constante de recaer en la esclavitud: la de las grandes potencias o la del pecado. Jeremías anuncia para el final de los tiempos una nueva alianza (Jer 31, 31) y Ezequiel precisa que esta nueva alianza no

² Véase J. BRIERE, *Présentation du Second Isaïe: Aujourd'hui la Bible n. 83, 84, 85* y en la misma revista, J. LE DU, *Notre corps a-t-il un avenir? (n. 13)*, *Une vraie mort (n. 125)*. Para un estudio detallado puede consultarse el gran comentario de P. E. BONNARD, *Le Second Isaïe*. Gabalda, Paris 1972.

será posible sino a condición de que el hombre responda a Dios del fondo de su corazón; así, pues, Dios arrancará nuestro corazón de piedra para darnos un corazón de carne y pondrá en él su propio espíritu (Ez 36, 25-26). En efecto, sólo en la medida en que el espíritu transfigura al hombre puede responder éste a Dios y existir así realmente.

Durante el exilio en Babilonia, nueva cautividad, el Segundo Isaías anuncia la liberación como un nuevo éxodo. De hecho, Ciro devolverá la libertad al pueblo, pero pronto se darán cuenta de que esta liberación no colma ni con mucho la esperanza. Todas estas realizaciones parciales, en lugar de suprimir la esperanza, al colmar la espera, no hacen por el contrario sino agudizarla y exasperarla más, orientándola cada vez más hacia una liberación definitiva: «Ojalá rasgases el cielo y bajases...», clama un profeta anónimo de después del exilio (Is 63, 19).³

Por ello, el teólogo Moltmann tiene razón cuando dice que para él la religión de Israel es una religión de la promesa. «Dios como Dios de la promesa está por encima de todas sus realizaciones; ninguna realidad histórica le agota. Por ello, el futuro está siempre abierto».⁴

C. SOLO A POSTERIORI EMPEZAMOS A ENTENDER

Todos lo hemos experimentado más de una vez: muchas veces, los acontecimientos que vivimos, las palabras que se nos dirigen revelan su sentido después de pasados o de haber sido dichas: «¡Ah!, eso era lo que quería decir...» «Aquel encuentro, aquel accidente constituyeron finalmente un momento capital de mi existencia...» No queremos decir con esto que se les

³ Parece que Marcos considera esta esperanza realizada en el bautismo de Jesús, cuando los «cielos se abrieron» para la bajada del espíritu (Mc 1, 10).

⁴ C. GEFFRE, *Un nouvel âge de la théologie*. Cerf, Paris 1972, 107-108.

añada una significación precisa después de sucedidos. Es el mismo acontecimiento el que, al ocupar un puesto en nuestra vida, nos revela el sentido que tiene para nosotros. De esta manera, nuestra vida está tejida de acontecimientos particulares, de palabras oídas o escuchadas en diferentes momentos; en el momento en que nos afectan por primera vez, nos parecen casuales, desligados entre sí, pero al volvernos hacia nuestro pasado vemos cómo van formando una línea precisa y cómo ocupan el lugar que les corresponde dentro del conjunto que ellos mismos contribuyeron a crear. En ese momento, los acontecimientos y las palabras «quieren decir» algo.

Sólo sabremos realmente quiénes somos al final de nuestra historia personal. El recién nacido es un nudo de múltiples posibilidades; pero ni él ni nosotros sabemos quién es. Será necesario que la vida y sus múltiples acontecimientos le hagan tal hombre concreto. Sólo al final de nuestra vida, cuando podamos abarcar de un solo vistazo toda nuestra existencia, comenzaremos a saber quiénes somos. O mejor, quiénes éramos... Porque eso es lo trágico de la existencia humana: el momento en el que llegamos a un auténtico conocimiento de nuestra vida es el final de la misma.

Pero tenemos que ir más lejos: sólo **al final de la historia** sabremos realmente quién es tal hombre, cuál es el sentido de tal acontecimiento. En efecto, todo el sentido contenido en una persona o en un acontecimiento no se descubre plenamente en el momento de su desaparición. Un acontecimiento como la Revolución francesa, por ejemplo, continúa revelándonos su sentido a través de las numerosas revoluciones que el hombre va haciendo surgir en el mundo. La vida del hombre y los acontecimientos están repletos de sentidos ocultos de los que sólo descubrimos algunos aspectos. Sólo al final de la historia podremos descubrir su sentido definitivo.

Sólo al final de la historia sabremos quién es

tal hombre. De la misma manera, sólo al final sabremos quién es realmente Dios. Porque todo lo que acabamos de decir puede aplicarse perfectamente a la revelación.

Decíamos que nuestros propios acontecimientos nos descubren su sentido «a posteriori»; igualmente, guiados por nuestra fe vamos reconociendo en esos acontecimientos los hechos de Dios que nos revelan algo de él.

Pero los acontecimientos particulares no pueden ofrecernos sino una revelación parcial de Dios. Así, pues, sólo **la totalidad de la historia es revelación de Dios**, y éste no podrá ser conocido más que cuando la historia se haya acabado.¹

Cómo se iluminaría nuestra vida, lo cual no

es sinónimo de facilidad, si nos fuera posible vislumbrar cuál es el sentido último de nuestra historia personal o colectiva.

Ahora bien, algo de esto, de este sentido último es lo que Dios «descubre» o «revela» al creyente en los «apocalipsis». (La palabra griega «apocaluptein» significa «re-velar», «des-cubrir», «quitar el velo» que esconde, a nuestras miradas humanas, el fin de los tiempos.)

¹ *Esta reflexión, realizada principalmente por Pannenberg, es importante; en ella se da toda su relevancia a la historia, mientras que Bultmann, por ejemplo, la olvida con demasiada frecuencia: sólo le interesa la fe individual, la decisión personal del hombre interpelado por Dios. Permite al mismo tiempo dar a la resurrección de Cristo todo su sentido.*

La resurrección de Cristo: ¿realización o promesa?

A lo largo de estas páginas, dos teólogos alemanes aparecen con cierta frecuencia: Jürgen Moltmann y Wolfhart Pannenberg. Ambos ejercen actualmente una influencia profunda en la teología. Es interesante señalar ya desde ahora su manera de entender la resurrección de Cristo para comprender nuestra propia manera de abordarla.¹

Para PANNENBERG, Dios, que se revela en los acontecimientos de la historia, no podrá ser conocido plenamente sino cuando esta historia se haya terminado. Es esto lo que caracteriza de manera única y decisiva a la resurrección de Cristo: es anticipación del acontecimiento del fin de los tiempos, resumen de toda la historia a la que da su pleno remate. Dios, por medio de este acto libre, acaba la historia y le da su sentido. La resurrección, al ser anticipación del fin de la historia, constituye la revelación definitiva de Dios.

MOLTMANN está de acuerdo en el hecho de que la resurrección de Cristo realiza de manera anticipada la promesa de Dios. Pero no sólo no la agota, sino que nos remite a otro futuro. «La resurrección no es un acontecimiento que cierra, cumpliendo la profecía, sino un acontecimiento que abre, ya que refuerza la promesa confirmando-la».²

«En otras palabras, Moltmann es más sensible al

«todavía no» de la resurrección que al «ya», al aspecto de realización, y quiere mostrar que la vuelta de Cristo, es decir, la parusía, no consistirá solamente en el descubrimiento de lo que ya ha sucedido de manera escondida, sino que será realmente la realización final».³

«La espera del cristiano se relaciona únicamente con Cristo, que ya vino, pero espera de él algo nuevo que todavía no se ha realizado: espera la realización en todo de la prometida justicia de Dios, la realización de la resurrección de los muertos prometida en su resurrección, la realización del señorío de Cristo sobre todas las cosas, prometida en su elevación gloriosa» (Moltmann).

¹ La obra de estos dos teólogos alemanes está traducida en parte al castellano.

W. PANNENBERG, «Fundamentos de cristología». Sígueme, Salamanca 1975.

J. MOLTMANN, «Teología de la esperanza». Sígueme, Salamanca 1969.

J. MOLTMANN, «Une espérance messianique»: Aujourd'hui la Bible, n.º 61, 24-26.

Como introducción a su pensamiento, podemos citar las siguientes obras:

I. BERTEN, «Histoire, révélation et foi. Dialogue avec Pannenberg». Cep, Paris 1969.

C. GEFFRE, «Un nouvel âge de la théologie». Cerf, Paris 1972, 83-140 (Esta obra contiene diferentes estudios publicados en otros lugares. El capítulo sobre la resurrección de Cristo apareció en Lumière et vie, n.º 107).

C. DUQUOIC, «Cristología». Sígueme, Salamanca 1974.

² P. RICOEUR, «Le conflit des interprétations». Seuil, Paris 1969, 396. Citado por C. Geffré, o.c., 108.

³ C. GEFFRE, o.c., 108.

1. La «exaltación» del hijo del hombre (Daniel 7)

Entre los años 167 y 165 antes de Cristo, Israel experimentó de nuevo un triste período en su historia. Hace ya treinta años que los seléucidas, reyes de Siria, lo tienen dominado. Antíoco IV desencadena una furibunda persecución contra Israel porque éste se niega a abandonar su fe y sus costumbres religiosas y a adoptar las de los griegos que el rey protagoniza. Una vez más, Israel va a experimentar el martirio.

Un autor anónimo, que se presenta con el pseudónimo de Daniel, quiere dar ánimos a su pueblo y para ello le muestra, por medio de imágenes, el sentido escondido de su martirio: la gloria futura. Leamos una vez más el capítulo 7 de Daniel. Su esquema es el habitual de los apocalipsis: Daniel contempla una visión y un ángel se la interpreta.

La visión (7, 1-14)

Del fondo del mar, es decir de la guarida de los poderes malignos, surgen cuatro bestias aterradoras, la última más horrible que las que le preceden. En aquel momento se instala en el cielo el trono de Dios, y entonces, no ya en el mar, sino en el cielo, aparece, en lugar de bestias, una figura humana.² Se introduce a este hombre ante Dios siguiendo el ceremonial de la entronización real y se le confiere el poder sobre todas las naciones, un poder eterno.

La interpretación (7, 15-27)

El ángel explica: las cuatro bestias son los cuatro imperios (simbolizados por sus reyes)

² El texto dice «como un hijo de hombre». «Hijo de» es un modismo semita, utilizado todavía por los árabes, y quiere decir «de la especie de», «perteneciente al género de». Se trata pues de un hombre, o más bien «como» de un hombre: se trata de un texto que pertenece al género apocalíptico, sumamente prolijo en aproximaciones y símbolos.

que han perseguido a Israel desde hace varios siglos; la cuarta, la más feroz, es la dinastía de los seléucidas y especialmente Antíoco. El hombre representa el pueblo de los santos, es decir, los creyentes que, por mantenerse fieles a su Dios, aceptan la muerte.

Nos encontramos ante una visión grandiosa de importancia considerable. Hasta ese momento, Israel no sabe nada sobre el «después de la muerte». Pero he aquí que Dios anuncia, hace «ver» a este pueblo condenado a muerte lo que le espera: la gloria, la vida eterna con él mismo, el poder y el señorío sobre el mundo entero. Es cierto que algunos salmos y sobre todo el cántico del servidor de Isaías 53 habían vislumbrado esta victoria de los humillados y la glorificación futura de los perseguidos.³ Pero nunca hasta ahora había sido resuelto con tanta fuerza el angustioso problema de la muerte.

La representación del mundo espiritual es en esa época espacial, y, por ello, esta glorificación se presenta en términos de «exaltación», de subida de «abajo» (la tierra) hacia lo «alto» (la vida con Dios).

Esta exaltación es escatológica, es decir, con ella llega el fin de los tiempos: en ella todos los santos, reunidos en esta única figura humana colectiva, participan de la gloria de Dios. Por ello mismo, esta **figura del hijo del hombre permanece abierta** en dos direcciones:

• **En extensión:** en efecto, esta figura es coextensiva a la idea que nos hagamos de «santo»; es muy probable que el autor del libro de Daniel pensase solamente en los mártires judíos de la persecución de Antíoco; Jesús le dará su más amplia extensión al identificarse él mismo, el hijo del hombre, con todos y cada uno de los hombres (Mt 25, 31-46). A partir de ese momen-

³ El bello pasaje del «apocalipsis de Isaías (Is 25, 6-12), que evoca el momento en que Dios secará todas las lágrimas, pues la misma muerte habrá desaparecido, anuncia los textos de Daniel.

to, esta figura nos atañe directamente: estamos contemplando, en imágenes, **nuestro** propio destino. Actualmente, la violencia, la incomprensión, las luchas por el poder reinan entre los hombres; pero he aquí que se nos presenta, a manera de promesa, el término hacia el que nos dirigimos: hacia una humanidad tan íntimamente unida que puede ser resumida en una sola figura, viviendo para siempre con Dios, y que ejerce conjuntamente el señorío sobre el mundo.

● En «**personalización**». El «hijo del hombre» en el libro de Daniel es una figura colectiva.⁴ Pero en Israel es corriente la noción de «persona colectiva» que representa a una porción de la humanidad, sin dejar por eso de ser un individuo. Por ello, no sería extraño que incluso para Daniel este hijo del hombre, que resume en sí mismo al pueblo de los santos, fuera al mismo tiempo el jefe personal de dicho pueblo. De todas maneras, algo más tarde, el libro de Enoc y el 4 de Esdras verán en él un ser personal. Al aplicarse este título, Jesús (Mc 14, 62) anunciaba una pretensión que podía ser considerada por sus oyentes como una blasfemia (¿cómo **este** hombre pretende ser el hijo del hombre celeste?), pero no introducía ninguna innovación.

Daniel traducía su fe y la promesa de Dios en términos de «exaltación», pero tanto él como otros empezaban ya a hacerlo en términos de «resurrección».

2. La «resurrección» de los santos

Para Israel, Dios es desde siempre el Dios vivo, el que da la vida; pero ahora empieza a reconocerle como el que puede **volver a dar** la vida.

Pero antes de aplicar la idea de resurrección

⁴ Se podría pensar, si la comparación no fuera un tanto ridícula, en «Marianne» como representación de los franceses.

a los individuos, se había aplicado ya al pueblo como tal.

a) Resurrección del pueblo

Se trata evidentemente de un lenguaje a base de imágenes, como el utilizado después de la guerra, cuando se hablaba de la «resurrección del pueblo alemán». Citemos algunos textos.

Conmovido por la predicación del profeta Oseas (siglo VIII antes de Cristo), el pueblo se da cuenta de que está «muerto» a causa de sus pecados. Por ello vuelve a Dios diciendo:

«...Dios nos hirió, él nos vendará la herida, en dos días nos hará revivir, al tercer día nos restablecerá y viviremos en su presencia.»

(Os 6, 1-6).

Dos o tres días significan un período de tiempo corto. «Nos hará revivir» significa la restauración del pueblo, y cuando la biblia griega, en el siglo II, traduzca «al tercer día nos resucitará», tampoco querrá decir, sin duda, más que el primer texto.

Durante el exilio en Babilonia, el pueblo experimenta realmente su muerte en cuanto pueblo y exclama: «por nuestros pecados nos consumimos, ¿podremos seguir con vida?» (Ez 33, 10). Dios, en una visión extraordinaria, muestra a Ezequiel que va a resucitar a este pueblo: lo recrea por su palabra y le da la vida por su espíritu (Ez 37).

Este don del espíritu a todo el pueblo se convierte en el signo del final de los tiempos, momento en que Dios cumplirá su promesa (Joel 3, 1-5 citado por Pedro en Hech 2, 17-21).

Así, pues, la idea de que Dios puede hacer que su pueblo «reviva» va convirtiéndose en certeza para Israel y el vocabulario que sirve para expresar esta «resurrección» se va conociendo. Pero es importante señalar que va ocupando su puesto en un contexto francamente amplio. «Mientras que otros pueblos antiguos, por ejem-

plo los egipcios, afirmaron muy pronto su fe en una vida «después de la muerte», el pueblo del verdadero Dios tuvo que esperar hasta los últimos siglos antes de nuestra era para aclararse sobre este asunto. Una sola esperanza sostuvo al pueblo durante siglos: la esperanza de la victoria de Dios sobre el mal, de la instauración de su reino de paz sobre el mundo. Y cuando el tema de la resurrección comienza a aparecer, sobre todo con Ezequiel, se trata de la resurrección del pueblo: Dios «debe» resucitar a su pueblo por fidelidad a la alianza, para realizar la promesa hecha a Abrahán. Nos encontramos en presencia de una «esperanza» que nada tiene que ver con la idea egoísta y raquífica que nos hizo decir tantas veces: «no tengo más que un alma y la tengo que salvar». Cuando Israel descubra la resurrección personal, ésta no podrá por menos de ocupar el puesto que le corresponde en el amplio marco de una esperanza mucho más vasta —y quizá sea esto lo que tengamos que descubrir continuamente por nuestra parte—, la esperanza de la renovación del mundo entero: «¡todo lo hago nuevo! (Apoc 21, 1-5).⁵

La fe en la resurrección personal verá la luz en tiempos de la persecución de Antíoco.

b) Resurrección de los hombres

Algunos judíos prefieren morir mártires que renegar de su Dios. Este hecho plantea en toda su crudeza el problema de la muerte. Es cierto que Dios les hace vislumbrar su «exaltación», pero, ¿qué quiere decir esto concretamente para los muertos? ¿Para qué les servirá cuando estén en el sheol, en los infiernos, en poder de la muerte? Y sin embargo es imposible que se vean privados de Dios para siempre, de ese Dios por quien han muerto...

Es posible que no entendamos fácilmente esta inquietud después de veinte siglos en los que un cierto cristianismo nos ha formado en

el desprecio del cuerpo y en la exaltación del alma: si ésta es «inmortal», ¿no basta con que ella esté con Dios?; ¿para qué preocuparnos del cuerpo? No olvidemos, sin embargo, la concepción semita del alma. Sin el cuerpo no hay existencia.

Por ello es fácil comprender por qué esta promesa de «exaltación» necesitaba algunas precisiones. El autor de Daniel lo hace al aplicar a las personas individuales lo que ya se decía del pueblo: los justos «resucitarán».

«Resucitar»: este término, único en nuestra lengua, traduce de hecho dos imágenes: «hacer que alguien se levante, surja (anistanai, en griego), o bien «hacer levantar, despertar» (égeirein, en griego). Estas dos palabras forman parte del vocabulario corriente para significar el paso de la posición tumbada a la erguida o del sueño al estado de vigilia.⁶ Al aplicarlas a los difuntos, se refieren a concepciones míticas (comunes a muchos pueblos) en las que la muerte se concibe como un sueño o como la bajada a los «infiernos».

Así, el autor de Daniel expresa su fe a base de imágenes.

«Entonces... muchos de los que duermen en
[el polvo despertarán;
unos para vida eterna;

⁶ Este hecho permitirá a los evangelistas utilizar estas palabras con todos sus armónicos, sugiriendo de esta manera un sentido profundo difícilmente perceptible en nuestras lenguas románicas. Por ejemplo, Mateo termina su relato de la curación de la suegra de Pedro con estas palabras: «se levantó y les sirvió» (8, 15). La expresión «se levantó», en oídos cristianos puede sonar como un equivalente de «resucitó»; la suegra se convierte en el símbolo de la iglesia que, resucitada, no tiene otra finalidad que la de «servir» a su señor.

Durante la tempestad, Jesús «se despierta» en los textos de Mc y Lc (utilizando para ello un término compuesto que no se relaciona con el despertar); Mt sin embargo utiliza el término «égelrein» para «despertarse»: se trata ya desde ahora del resucitado, dueño y señor del mar (de los poderes malignos) y permite a su barca-iglesia mantenerse firme a pesar de los asaltos del mal (Mt. 8, 25).

⁵ *Assemblées du Seigneur* n. 63 (1971) 85-86.

otros para ignominia perpetua.
Los maestros brillarán como brilla el
[firmamento
y los que convierten a los demás a la
[verdadera fe,
como estrellas, perpetuamente» (Dn 12, 1-3).

Nos encontramos al final de los tiempos, cuando Dios ejerce su juicio. Los justos «resucitarán», pero no se trata de su «vuelta a la vida» del «mundo presente», de una simple «reanimación»: son introducidos en un universo transfigurado, incorruptible y luminoso como el cielo y las estrellas. **Con todo su ser entran en esta vida de Dios, eternamente.** Parece que el autor no imagina que los malos resuciten: se quedan donde están, envueltos en el desprecio y el horror. Sólo que, como nos encontramos ya en la época posterior al juicio, en la que los justos han entrado en posesión de la vida eterna, el desprecio y el horror se hacen también eternos. Los infiernos se convierten en el «infierno» en el sentido cristiano de la palabra.

Así, pues, el autor utiliza las imágenes tradicionales, comunes a muchos pueblos, sobre el «despertar» de la muerte, pero este contexto de juicio y de mundo transfigurado por Dios hace que tengan un sentido nuevo: se trata de la retribución de los hombres justos, que son por ello introducidos, al final de los tiempos, en una vida totalmente nueva.

En la misma época, el autor del segundo libro de los Macabeos afirma esta misma fe: «Tú nos matas, dicen al tirano los siete hermanos mártires..., pero Dios nos resucitará (literalmente: nos hará surgir para la vida)» (2 Mac 7, 14).

Los creyentes encuentran así la certeza de una vida eterna con Dios después de la muerte en su amor por Dios, en su confianza en la fidelidad de Dios. No se trata de un sueño inventado por los hombres para consolarse, sino de una certeza que tiene su origen en Dios.⁷

⁷ Para poder situar las diferentes maneras de expre-

Exaltación - resurrección (resumen)

Exaltación

Esquema utilizado: «abajo-arriba» (tierra-vida con Dios). Este esquema es de origen apocalíptico.

La noción de tiempo no interviene: ¿cuándo tendrá lugar esta glorificación? No se nos dice que sea necesario esperar al final de los tiempos.

Ventajas: este esquema, esta imagen, muestran bien que la «vida con Dios» no es del mismo tipo que la vida terrestre. Se trata de una glorificación.

Inconvenientes: ¿cuál es la continuidad real entre el ser terrestre que muere y el ser exaltado?

Resurrección

Esquema utilizado: «antes-después» (de la muerte). Este esquema es de origen histórico.

La noción de tiempo interviene, ya que la idea del juicio divino ocupa un lugar central: Dios establecerá el destino eterno de cada uno «el último día».

Ventajas: esta imagen insiste en la continuidad: en efecto, se trata del mismo ser que ha vivido y que se ha acostado en el «sueño» o en «los infiernos» y que después es despertado o elevado.

Inconvenientes: en sí misma, esta imagen no indica si la vida que viene después del despertar es idéntica o diferente de la vida presente.

El mensaje bíblico evoca esta difícil realidad combinando estas dos representaciones. Difícilmente podía hacerlo de otra forma, ya que no poseemos de ella ninguna experiencia directa.

sarse en su contexto cultural, véanse (como yo mismo lo he hecho) los diversos trabajos de P. GRELOT, sobre todo:

* La résurrection de Jésus et son arrière plan biblique et juif, en La Résurrection du Christ et l'exégèse moderne. *Cerf, Paris 1969, 17-53.*

* La promesse de la résurrection et de la vie éternelle, en De la mort à la vie éternelle. *Cerf, Paris 1971, 181-186.* (Este trabajo fue igualmente publicado en *Assemblées du Seigneur*, n. 64).

Puede leerse igualmente su presentación del libro de Daniel en *Aujourd'hui la Bible*, n. 111-113 y la presentación de los libros de los Macabeos en los n. 107-110 de esta misma revista por E. CHARPENTIER.

Acabamos de presentar tres aspectos del Antiguo Testamento:

- el primero nos mostraba que nuestro ideal común es al mismo tiempo el proyecto de Dios para con nosotros en los albores de la creación, pero que el hombre, al rechazar este plan, al no querer «obedecer» ni dejarse interpelar por Dios, había echado todo a perder.

- el segundo, al contemplar las diversas actitudes de Israel, nos invitaba a pasar continuamente de la muerte a la vida.

- el tercero nos recordaba la promesa de Dios de realizar este ideal, este sueño al final de los tiempos.

Es cierto que hubiéramos podido explorar otras muchas pistas para poder entender mejor la interpretación hecha por los primeros cristianos del misterio pascual. Hay una que no podemos menos de señalar, aunque no sea más que brevemente: ¿por qué medio, por qué mediador, realizará Dios su proyecto, establecerá su reino?

D. EL «HIJO DE DIOS» ENCARGADO DE ESTABLECER EL REINO DE DIOS

Mil años antes del nacimiento de Jesucristo, Israel, que se ha instalado en Canaán hace más de dos siglos, decide crear la monarquía. Para la consagración, adopta los ritos corrientes en aquella época en el oriente medio: el sacerdote proclama al elegido el oráculo de la divinidad que declara que ésta lo toma como «hijo» (cf 2 Sam 7, 14).

Dios, por medio del profeta Natán, anuncia a David que va a adoptar ese ceremonial a su cargo: todos los sucesores legítimos de David, desde el momento en que llegan al trono, se convierten de manera especial en «hijo de Dios».¹

De esta manera, muchas veces, «hijo de David» e «hijo de Dios» son tomados como sinónimos. Dios anuncia sus planes a David: quiere habitar con nosotros. Pero no en una casa de piedras, sino en un pueblo de fieles.² Al mismo tiempo promete a David mantener continuamente después de él un sucesor sobre el trono para tener así siempre un pueblo donde habitar (2 Sam 7).

Tres siglos más tarde, Israel empieza a darse cuenta de que los reyes que se van sucediendo sobre el trono de David no son sino imágenes, esbozos del auténtico «hijo de David» que Dios dará un día a su pueblo. Por ello comienza a cantar y a esperar el nacimiento de este maravilloso niño que traerá consigo la justicia y la paz sobre la tierra (Is 7, 9, 11).

La figura de este «hijo de David» continuará creciendo en la esperanza del pueblo (véase por ejemplo Miq 4-5; 1 Crón 17...), para llegar a condensar toda su esperanza en los salmos 2 y 110.

Salmo 2: Dios puede burlarse tranquilamente de los inútiles esfuerzos de las naciones que se rebelan y conspiran contra su «ungido» («mesías» en hebreo, «cristo» en griego), ya que Dios tiene sus planes y los llevará a término pase lo que pase. El autor recuerda estos planes:

«Yo mismo he ungido a mi rey sobre mi [pueblo...

Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.
Te doy en herencia las naciones;
en posesión, la tierra hasta sus confines.»

Salmo 110: Dios declara a este Señor:
«siéntate a mi derecha...»

En adelante, Israel vivirá de esta esperanza fundada en la palabra misma de Dios: llegará un día en que Dios establecerá su reino sobre el mundo entero por medio de un rey que será su Hijo. Pero todo esto se expresaba en un len-

¹ La «generación» a la que se hace alusión en este texto no se refiere a la generación física, sino a la entronización real.

² Véase a este respecto el n. 53 de «Aujourd'hui la Bible», dedicado al tema del templo y de la habitación de Dios entre nosotros.

guaje guerrero que llevaba consigo un grave peligro (que no siempre será evitado por el pueblo): creer que este mesías establecerá el reino de Dios a golpe de espada, restaurando así el poder temporal de Israel sobre el mundo...

Esta lectura de las escrituras que acabamos de realizar nos ha llevado casi hasta la fe de los apóstoles. En efecto, no podemos olvidar que, entre los últimos libros del Antiguo Testamento y los primeros del Nuevo, hay un siglo de intervalo. Siglo importante, ya que durante ese tiempo se fue formando lo que se llama «el pensamiento judío» (por oposición al pensamiento bíblico) que constituye de hecho el «ambiente» en el que vivió Jesús. Es un siglo que se no se conoce todavía bien, a pesar de los ingentes esfuerzos realizados actualmente por los especialistas.

La producción literaria de esta época (llamada por algunos «intertestamentaria») es inmensa. Podemos distinguir varias categorías de textos.

- **Apocalipsis.** Este género literario es uno

de los que más en boga estaba en aquella época. La biblia no ha conservado más que los de Daniel y Juan. Pero actualmente se conocen otros muchos: los libros 3 y 4 de Esdras, el de Enoch, la Asunción de Moisés...

- En el año 1947 se empezaron a descubrir los escritos de los **esenios** (que se habían retirado a Qumran hacia 70 antes de Cristo hasta 70 después poco más o menos). Estos escritos han permitido conocer la vida y el pensamiento de uno de los grupos religiosos de la época.

- **Los tǎrgumes:** se trata de las traducciones comentadas en arameo (la lengua hablada de la época) de la sagrada escritura que en la sinagoga era leída en hebreo. Nos ayudan a entender cómo interpretaban los textos en aquel tiempo.

- Tenemos finalmente las traducciones o interpretaciones hechas por los **rabinos**. Se pusieron por escrito entre los siglos II y VI de nuestra era.

Intentemos brevemente ver lo que pensaban entonces a propósito de la resurrección.

III — La esperanza de Jesús y la fe en la resurrección antes de Pascua

Raras veces podemos decir que ante un acontecimiento nos encontremos totalmente vacíos, sin ninguna idea (verdadera o falsa) que nos per-

mita empezar a situarnos ante él; de hecho, en función de esta «pre-comprensión» empezamos a interpretar dicho acontecimiento. Por ello es

interesante saber cuál era la concepción que los apóstoles, debido a su formación religiosa, podían tener de la resurrección.

En aquel tiempo existían diversos grupos religiosos con ideas y concepciones bastante diversas sobre la resurrección.

A. LOS GRUPOS RELIGIOSOS Y SUS DIVERSAS CONCEPCIONES

Todos los creyentes esperaban la realización de las promesas de Dios. Pero esta esperanza tenía caracteres diferentes según se perteneciese a uno u otro grupo religioso.¹

Los saduceos eran los conservadores de la época: se atenían exclusiva y rigurosamente a la ley de Moisés tal y como se encontraba en el Pentateuco y rechazaban todo lo demás considerando como novedad peligrosa. La doctrina de la resurrección de los muertos (que constituye una de las últimas adquisiciones de la tradición) era considerada como novedosa, carente de todo interés y por ello no creían en ella (Mt 22, 23; Hech 23, 8).

Los esenios hablan poco del asunto. En los textos de Qumran está muy poco atestada. Las parábolas del libro de Enoc (de origen y fecha discutidos) muestran claramente que la resurrección era considerada como la entrada en un universo transformado.

Los fariseos, por su parte, creían firmemente en la resurrección, aunque esta creencia tenía dos variantes.

Algunos pensaban que la resurrección tendría lugar antes de la venida del mesías. Los muertos resucitarían cada uno con su propio

cuerpo y después, una vez reconocidos, serían transformados: los impíos verían empeorarse su situación; los justos serían glorificados. Podemos decir que esta concepción se encuentra por lo menos entre los sabios judíos de después de Cristo.²

En tiempo de Jesús, los fariseos pensaban que la resurrección tendría lugar después de la venida del mesías: estaban pues en la línea de Daniel o de las parábolas de Enoc que concebían la resurrección como una vida transformada.³ Jesús, por su parte, concebía el asunto de la misma manera. Podemos comparar la respuesta de Jesús a los saduceos en Mc 12, 18-27 con un texto de Enoc: «en aquellos días, las montañas saltarán como corderos rebosantes de leche, y los justos serán como los ángeles en el cielo» (1 Enoc 51, 4).

Los contemporáneos de Jesús leían e interpretaban a la luz de esta concepción todos los textos del Antiguo Testamento susceptibles de apoyar esta esperanza. Podríamos leer por ejemplo la interpretación de la traducción griega y del Targum de Isaías 26, 19 o la del Targum de Ezequiel 37.⁴ Baste con citar el texto de Oseas 6, 2.

Texto hebreo:

«En dos días nos hará revivir,
al tercer día nos restablecerá
y viviremos en su presencia.»

Traducción griega:

«Nos curará después de dos días,
al tercero seremos resucitados
y viviremos en su presencia.»

¹ Una rápida presentación general de estos diferentes grupos se encuentra en el n. 108 de «Aujourd'hui la Bible».

² Por ejemplo en el 2.º libro de Baruq (citado por J. BONGSIRVEN, Le judaïsme palestinien au temps de Jésus-Christ. Beauchesne, Paris, I, 484-485).

³ Véanse por ejemplo los «Salmos de Salomón» (63-50 aproximadamente antes de Cristo). «Los que temen al Señor resucitarán para la vida eterna y su vida, en la luz del Señor, no cesará jamás» (Salmo 3, 16).

⁴ Véase P. GRELOT, La résurrection de Jésus et son arrière-plan biblique et juif, en La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 41-42. Los párrafos citados en este capítulo provienen de este estudio.

Targum:

«El nos hará revivir el día de los consuelos
[que deben venir;
el día en que haga vivir a los muertos nos
[resucitará
y viviremos en su presencia.»

Como vemos, se pasa de una sencilla imagen (nos restablecerá) a la afirmación de la resurrección. También el «tercer día» cambia de sentido. De una sencilla indicación cronológica (dos o tres días), adquiere un sentido simbólico que expresa una concepción teológica. Otro texto lo hace ya explícitamente: «el tercer día, es decir, el día de la vivificación de los muertos» (Midrash Rabbah). En este caso, «tercer día» no significa ya «el día siguiente de pasado mañana», sino «el día del final de los tiempos» (en nuestro vocabulario cristiano el día de la resurrección general). No olvidemos esto cuando oigamos a Jesús hablar de la «resurrección al tercer día».

B. JESUS Y SUS DISCIPULOS

La formación religiosa, la doctrina, la piedad de Jesús están en la línea de las de los fariseos. Participa de su fe en la resurrección, tanto la de todos los hombres como la suya propia.

1. Lo que Jesús piensa de la resurrección de los hombres

Jesús hace suya «la creencia judía en la resurrección de los hombres y en el mundo futuro tal y como se encuentra en los apocalipsis (que continúan en esto la línea marcada por Daniel), expresándola en un lenguaje idéntico, pero insistiendo por su parte en la metamorfosis radical que supondrá la llegada de los tiempos futuros» (P. Grelot, o.c., 40). Entonces se realizará el juicio, separación entre los elegidos y los condenados; ésta será la misión del hijo del hombre.

Si hacemos abstracción de las imágenes, encontramos la misma insistencia en el aspecto existencial: la resurrección consiste en la vida eterna en comunión con Dios.

La única novedad —pero que supone un cambio radical— es la identificación que Jesús hace entre el hijo del hombre y su propia persona.

2. Lo que Jesús piensa de su propia resurrección.

Evidentemente, Jesús aplicaba a su propia persona esta esperanza. «Jesús se apropió los textos de los salmos en los que los justos expresaban su confianza en ser arrebatados de las garras de la muerte por Dios (cf. Hech 2, 24 y 13, 34: ambos textos citan el salmo 16) y aplicó a su propia persona los textos en los que el judaísmo de su tiempo leía la doctrina de la resurrección» (P. Grelot, o.c., 46). Es digno de señalar que el anuncio de su resurrección acompaña siempre al anuncio de su muerte y pasión (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 34 y paralelos en Lc y Mt). De todas maneras, siempre que se habla de resurrección se habla igualmente de «el tercer día» o «tres días después». Teniendo en cuenta el sentido que esta fórmula tenía en tiempos de Cristo, quiere decir que Jesús no pretendía anunciar que resucitaría «al día siguiente de pasado mañana» (considerando hoy como el día de la muerte), sino más bien «el día de los consuelos, cuando Dios haga vivir a los muertos»: «se trata, más que de un dato cronológico, de la expresión, en términos bíblicos, de su certeza absoluta del triunfo final» (P. Grelot, o.c., 47).

Todo esto, pues, estará presente en la mente de los apóstoles cuando llegue la muerte de Jesús y es sumamente importante tenerlo presente ahora que vamos a ver la manera como ellos expresaron su fe.

Sin duda alguna que para ellos la resurrección no evoca la reanimación de un cadáver, sino más bien el paso del «mundo presente» al «mun-

do futuro», la entrada en la vida definitiva donde viviremos plenamente con Dios en una existencia corporal transfigurada. Si lo esperan para «el tercer día», esto quiere decir sencillamente que lo esperan para el «día del consuelo de los muertos», al final de los tiempos.

Pero de todas maneras no entendieron lo que Jesús les dijo sobre su propia resurrección (Marcos lo dice expresamente en 9, 9-10), ya que para ellos, el mesías, que ellos identifican con Jesús, no puede morir.

Todo esto nos permite comprender su desconcierto ante la muerte de Jesús y el por qué no esperan nada la mañana del domingo (el tercer día): lo que esperan es el auténtico «tercer día», el de la resurrección general al final de los tiempos. Pero la esperanza que habían puesto en Jesús se ha derrumbado con la cruz. Su fe se encuentra en la más negra de las noches.

IV — *¡Cristo ha resucitado!*

Este es el grito de alegría que los ortodoxos se dicen unos a otros al saludarse efusivamente el día de pascua. De todas maneras, no es sino la fe fundamental de todos los cristianos, sea cual sea su confesión.

Era igualmente el grito de los primeros cristianos en los albores del nacimiento de la iglesia: «¡Por tanto, entérese bien todo Israel: Dios resucitó a Jesús y le ha constituido señor y mesías, al mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis!» (Hech 2, 32 y 36).

La iglesia comienza con un hecho, con la proclamación de un hecho del que vive desde hace 2000 años.

Al leer el Antiguo Testamento, hemos escuchado la voz cálida y fraternal de las escrituras diciéndonos que todas nuestras esperanzas, nuestro deseo de vivir por encima de nuestros fracasos, del pecado y de la muerte, nuestra necesidad de comunicarnos con los demás hombres, de vivir en armonía con el mundo, que todo esto Dios lo asumía transformándolo y que nos aseguraba, jurándolo con su promesa, que todo esto se realizaría un día en la vida común con él.

Ahora bien: un grupo de hombres comienza a proclamar **un hecho**: Dios ha realizado todo esto en este hombre llamado Jesús. Es un hecho que les trastorna por completo y que los lanza hasta los confines del mundo y de la his-

toria: «no podemos dejar de hablar...» (Hech 4, 20).

Cuando un hombre sincero me dice lo que él cree, y cuando esta fe es tan sólida que transforma completamente su vida, lo menos que puedo hacer es escucharle. Esto no quiere decir que tengamos que «creer necesariamente a los testigos que se dejan matar», como pretendía Pascal: su muerte no prueba la exactitud de sus creencias, aunque sí su sinceridad y, desde este punto de vista, me interpela y me plantea una serie de preguntas, obligándome al mismo tiempo a clarificar lo mejor posible la verdad de mi fe y de mi vida.

Cuando estos hombres me proclaman que todo aquello a lo que yo aspiro se ha realizado en este hombre Jesús y que la promesa se ha cumplido, no puedo menos de pararme a pensar. Si es cierto, mi vida debe ser transformada igualmente.

Vamos pues a escuchar con calma lo que estos hombres nos dicen. El camino que vamos a seguir parecerá a veces sinuoso y árido (pero tratándose del sentido de la vida merece la pena), ya que los apóstoles tuvieron muchas dificultades para expresar lo que habían experimentado. Cuando un acontecimiento de este tipo nos sacude de tal manera que transforma nuestra vida, no nos resulta fácil expresarnos: sentimos la necesidad de decirlo todo al mismo tiempo y

somos más conscientes de su importancia que capaces de expresarlo; se buscan imágenes, diferentes registros de expresión...

Los apóstoles, por su parte, al tratar de dar cuenta de la experiencia extraordinaria que habían vivido, utilizarán también diferentes expresiones, diversas imágenes en el marco de géneros literarios variados.

¿De qué textos disponemos?

La respuesta no es fácil, ya que la resurrección constituye la fe central de la iglesia y de este misterio vive continuamente: afirma que el resucitado vive con ella y por ello descubre su presencia tanto en la vida cotidiana, en la comunión fraternal, en la vida litúrgica como en la primera experiencia pascual. Por ello tendríamos que estudiar **todos** los textos del Nuevo Testamento.

Sin embargo, nuestra conciencia de iglesia ha cristalizado¹ sobre todo en torno a tres centros de interés, lo que hace que nos encontremos ante tres tipos de textos.

1. Las confesiones de fe (credo) y los cánticos

Se trata de fórmulas nacidas en el entusiasmo de la comunidad: espontáneas o compuestas expresamente, estas fórmulas se aprenden y proclaman en momentos importantes tales como el bautismo o ante los tribunales. Los citan a veces en las epístolas de Pedro y de Pablo, en el apocalipsis (aunque generalmente de manera fragmentaria)... Estas fórmulas forman el núcleo y el tema central de la segunda forma, que es lógicamente anterior:

¹ En el sentido de que, en un medio favorable, un elemento disuelto llega a cristalizar.

Observación metodológica

Se nos presenta un problema de método: no poseemos ningún «reportaje directo» del acontecimiento pascual; solamente una serie de testimonios proclamados por los primeros cristianos: apóstoles, catequistas, evangelistas; lo que actualmente tenemos son textos. ¿Debemos partir de ellos para llegar hasta el acontecimiento, o al revés?

Tomemos un ejemplo para comprender mejor el problema.

Un hecho trágico: los periódicos de febrero de 1972 nos informan de que un hombre ha sido muerto en la puerta de una fábrica. ¿Cómo puedo llegar hasta el acontecimiento mismo partiendo de esta información ofrecida por el texto de los periódicos?

1. Entre los periódicos que relatan este acontecimiento, tomo varios que van desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Se trata del mismo hecho presentado según perspectivas diferentes, desde la que habla de «complot del gobierno contra la clase obrera» hasta la que dice que se trata de una «provocación izquierdista». Cada uno su interpretación.

De hecho, ninguno de los redactores de los artículos estaba presente en el momento del acontecimiento; todos ellos utilizaron las notas de las agencias de prensa.

2. Dos agencias habían comunicado la información: la AFP y la agencia Sartre-Clavel. De hecho, los textos que estas agencias difundieron constituyen ya una primera Interpretación (y los periódicos, evidentemente, otorgan sus preferencias a una u otra).

De todas maneras, estas agencias fueron informadas por testigos directos del acontecimiento.

3. Los testigos contemplaron todos un mismo y único acontecimiento; ahora bien, el obrero o el policía «vieron» cosas diferentes, ya que lo que vieron lo filtraron a través de su psicología, su pasado, sus propios compromisos. La forma de hablar de lo que vieron será significativa; espontáneamente se utilizarán términos que constituyen ya una

2. La predicación misionera o «kerygma»

Desde el principio, empezando por los judíos y siguiendo por los paganos, los apóstoles pro-

interpretación: se hablará de «muerte», de «homicidio», de «asesinato».

Pero la cuestión decisiva sigue todavía sin resolverse: ¿qué es lo que realmente ha sucedido?

4. El acontecimiento: ¿qué importancia tiene para nosotros?, ¿cómo expresarlo?

Si quiero saber realmente lo que ha pasado, tengo varios medios a mi disposición: presentarme en el lugar de los hechos; recoger las notas de las agencias de prensa y estudiarlas para ver cómo las han utilizado o transformado los periódicos; no olvidar las tendencias propias de cada uno de ellos, es decir, situar esta información en sus perspectivas de conjunto, lo cual me llevará a matizar sus conclusiones...

Todo esto es posible porque el acontecimiento y yo somos contemporáneos y porque las notas de las agencias de prensa existen todavía en cuanto tales... Pero ¿cuál es la situación al estudiar los evangelios? Imposible sacar unas cuantas fotos de la tumba o interrogar a los testigos. Pero, ¿no se podrá recurrir a las «notas de las agencias de prensa», es decir, a las tradiciones que se forman en las comunidades y que serán utilizadas por los evangelistas? Es posible, pero a condición de reconstruir el contenido de estas tradiciones partiendo de los diferentes textos. En efecto, lo único que realmente tengo a mi disposición son los textos.

La investigación pues llevará al especialista a pasar de los textos al acontecimiento (en el ejemplo presentado habría que seguir el orden siguiente: 1, 2, 3, 4). Este es el orden normal de la investigación,¹ aunque debemos reconocer que no es el método más pedagógico para exponer las cosas claramente. Por ello, generalmente se adopta el orden genético: mostrar cómo el o los textos se construyeron a partir del acontecimiento; el especialista deja de lado todos sus trabajos personales y se contenta con comunicar al lector el fruto de sus estudios (Orden 4, 3, 2, 1).

Este es el orden que adopta X. Léon-Dufour en Resurrección de Jesús y mensaje pascual. Con una salvedad: el acontecimiento tratado es un misterio

al que se tiene acceso únicamente a través de la fe de los creyentes, de los testigos. Cuatro etapas pues en el orden siguiente 2, 3, 4, 1 (entre paréntesis el orden de los capítulos).

3. ¿Qué imágenes o esquemas mentales utilizan los apóstoles para expresar el acontecimiento? Espontáneamente pensamos en «resurrección». Ciertamente, pero hay otras. XLD las estudia sucesivamente:

- (1) «resurrección»,
- (2) «exaltación», «Jesús, señor glorioso»,
- (3) Pablo se expresa con un término que le es propio: «vida»...

2. Estas imágenes se desarrollan, se organizan constituyendo de esta forma las tradiciones básicas de nuestros textos actuales tales como

- (4) los relatos de la aparición a Pablo,
- (5) los relatos de apariciones en los evangelios:

* esquema «resurrección» (tradición centrada en Jerusalén) en Lucas y Juan.

* esquema «exaltación» (tradición centrada en Galilea) en Mateo.

- (6) relatos del descubrimiento de la tumba abierta.

1. Cada uno de los redactores de los evangelios hizo su propio «montaje» de estas tradiciones, ofreciéndonos de esta forma en un relato su presentación del misterio pascual. Esta es la razón de los cuatro capítulos consagrados a las perspectivas propias de

- (7) Marcos
- (8) Mateo
- (9) Lucas
- (10) Juan

4. A través de todos estos testimonios, podemos finalmente (11) abordar el acontecimiento en sí y descubrir qué sentido tiene hoy para nosotros; a esta última fase del proceso los especialistas la llaman momento «hermenéutico» (del griego: hermeneuein: explicar, interpretar).

¹ Por lo menos si seguimos al método del análisis literario clásico. La cosa se presentaría de manera diferente si utilizáramos otros métodos.

claman su fe sin rodeos afirmando claramente lo que para ellos es esencial. Es evidente que no poseemos ninguna relación «taquigrafiada» de esta predicación primitiva, pero la encontra-

mos en los discursos de los Hechos (recompuestos por Lucas) o diseminada en las epístolas. En ella se encuentra la afirmación central de los credos, que en estos se ve desarrollada. Afloran

constantemente tres aspectos que forman el telón de fondo de todo el Nuevo Testamento y sobre todo de los evangelios:

- **El cumplimiento de las escrituras.** Esto quiere decir que el que guía los acontecimientos es Dios. Su promesa se realiza.

- **En un acontecimiento,** el acontecimiento Jesucristo. El cristianismo no es una filosofía más que enseña a los hombres a vivir correctamente; es una religión histórica: creemos en alguien que ha vivido, que ha muerto y al que Dios ha resucitado.

- **Que nos interpela.** La proclamación de este acontecimiento no es de orden intelectual, desencarnado. Nos interpela a cada uno de nosotros, a todos los que oyen su anuncio en lo más íntimo de sí mismos, obligando a elegir.

3. La catequesis. Los relatos de los evangelios y de los Hechos

Las necesidades de la comunidad, sus deseos de saber fueron, entre otras, las causas de que los apóstoles desarrollaran lo que habían entendido del acontecimiento: en primer lugar, tenemos las reflexiones teológicas de Pablo y después los relatos evangélicos. Los apóstoles nos dicen cómo vivieron esta experiencia fundamental y la interpretan gracias al conocimiento progresivo que de ella fueron adquiriendo en su vida diaria a la luz de la fe.

Debemos estudiar conjuntamente estas tres categorías de textos, ya que cada una de ellas tiene sus ventajas y sus límites.

Las confesiones de fe son muy antiguas y estables: los credos y los cánticos se hacen para ser aprendidos y proclamados, no transformados.

Pero teniendo en cuenta que ambas expresiones de la fe nacen en circunstancias particulares, resumen la fe en unas pocas frases, lo cual no quiere decir que sean evocados todos sus aspectos.

El kerygma tiene como finalidad una presentación de la fe más completa.

Pero actualmente no lo conocemos sino en formulaciones que fueron consignadas por escrito más tarde: ¿qué se debe atribuir al propio Lucas en la composición de los discursos de los Hechos?

Los relatos tienen la ventaja de desarrollar esta fe, de presentarnos al mismo tiempo la evocación del acontecimiento y la interpretación de la iglesia en unas circunstancias concretas de las diversas comunidades históricas particulares.

Lo que sucede es que en este caso la evocación y la interpretación se encuentran tan compenetradas la una en la otra, formando un solo relato, que no siempre es fácil discernir en los detalles lo que es evocación o lo que es interpretación.

Llega la hora de afrontar las cosas en serio. Buscamos en primer lugar las imágenes o los esquemas mentales en los que se expresó la fe.

A. LAS PRIMERAS AFIRMACIONES DE LA FE

«Cuando las madres bretonas descubrían que sus hijos les habían dicho alguna pequeña mentira o engañado en alguna cosa, cuenta J. Guéhenno, la primera cosa que les decían a los pequeños era: «Recita el credo», y lo recitaban juntando las manos. Esto, pensaban, bastaba para ponerlos en el buen camino (cf. **Ce que je crois**, 43). Podemos discutir este tipo de pedagogía, pero es claro que para estos cristianos «afirmar su fe» era al mismo tiempo «afirmar algo de sí mismos». Lo más probable es que nos llevaríamos un profundo desencanto si comparásemos esta actitud con la de una asamblea de cristianos en el momento de recitar el credo: ¿cuántos de los que lo recitan se sienten personal y realmente implicados en lo que están diciendo? Más vale escuchar a Pablo cuando recita el suyo.

El credo más antiguo

Este credo es citado por Pablo en la carta que escribió a los corintios hacia pascua del 57; les recuerda el evangelio que les había predicado hacia los años 50-51, y al citar este credo utiliza el vocabulario técnico que indica, entre los rabinos, la transmisión de las tradiciones: recibir... transmitir... ¿Cuándo había recibido Pablo esta tradición? ¿Durante su estancia en Antioquía, hacia 40-42, o ya en el momento de su bautismo por Ananías en Damasco, hacia el año 36? De todas formas, este texto (1 Cor 15, 1-11) nos sitúa cerca del acontecimiento pascual.

1. Os recuerdo ahora, hermanos, el evangelio que os prediqué, ese que aceptasteis, ese en que os mantenéis,
 2. y por el que seréis salvados si lo conserváis en la forma como yo os lo anuncié; de no ser así, fue inútil que creyérais.
 3. Lo que os transmití fue, ante todo, lo que yo había recibido: Cristo murió (aoristo) por nuestros pecados como lo anunciaban las escrituras.
 4. fue sepultado, (aoristo) ha resucitado (perfecto) al tercer día como lo anunciaban las escrituras,
 5. se apareció a Pedro y más tarde a los doce... (aoristo)
 8. Por último se me apareció a mí también, como al nacido a destiempo.
 9. Es que yo soy el menor de los apóstoles...
 11. De todos modos, sea yo, sean ellos, eso es lo que predicamos y eso es lo que creisteis.
- Detengámonos brevemente en cuatro afirmaciones de este credo.

— Cristo murió. Se afirma algo conocido por todos. Se trata de un hecho que ocurrió una vez, en el pasado (sentido del verbo griego cuando está en aoristo).

«Por nuestros pecados», «como lo anunciaban las escrituras»: se trata ya de una interpretación teológica. La meditación del cántico del servidor (Is 53) hizo que los primeros cristianos pensasen que Jesús no había muerto por sus propias faltas: «cargó con nuestros pecados», «entregó su vida como expiación».

— Fue sepultado. El asunto de la tumba no juega

aquí el papel de «prueba» de la resurrección, sino el de la autenticidad de la muerte (Hech 13, 29). El verbo está en aoristo. Lo que interesa es pues el acto mismo de la sepultura y no lo que viene después (el perfecto habría querido decir que Jesús había sido sepultado y que todavía estaba allí).

— Ha resucitado o también «resucitó y continúa resucitado». El verbo está en pasiva: no fue Jesús quien «se resucitó a sí mismo». (Una afirmación de este tipo no se encuentra más que en el evangelio de Juan y raras veces; por ejemplo: «tengo poder de desprenderme de mi vida y de tomarla de nuevo» (Jn 10, 18). En la escritura, muchas veces, cuando un verbo se encuentra en pasiva, el sujeto de la acción es Dios al que por respeto no se nombra. Existen textos sin embargo que lo dicen con toda claridad: Dios ha resucitado a Jesús:

En nuestro caso, el verbo se encuentra en perfecto; en griego, el perfecto indica el resultado presente y permanente de un hecho pasado y puede ser traducido también por un presente, pero sin olvidar que la situación, presente no existe desde siempre, sino que es el resultado de un hecho pasado. Este es el único verbo en pasado del credo de Pablo: en medio de una serie de acontecimientos pasajeros que se suceden en un momento determinado y que se terminan como empezaron, sólo uno permanece: Jesús está vivo porque Dios le ha resucitado.

— Se apareció. Pablo insiste en ello citando varios testigos. El verbo está en aoristo: se trata pues de hechos precisos históricamente.

La forma verbal del verbo ver que aquí se utiliza (ôphté) corresponde, en la traducción griega del Antiguo Testamento, a un modo del verbo hebreo que tiene un sentido muy preciso: no se trata de un pasivo («fue visto»), sino del acto de presentarse o mostrarse a alguien: «se dejó ver». El acento se pone en la iniciativa del que se presenta.

Un texto del filósofo judío Filón, de la misma época, lo muestra perfectamente: «no fue Abrahán quien vio a Dios, sino que fue Dios quien se hizo ver de Abrahán». Volvemos a ocuparnos de este importante verbo. Lo más urgente por el momento es no dejarnos encerrar en el dilema siguiente: ¿se trata de una visión interior o exterior? Nos encontramos ante una experiencia única en su género en la que Jesús se impuso a la fe de sus discípulos como alguien vivo, con una vida nueva, por encima de la muerte.

El credo más antiguo que poseemos es, en efecto, el que Pablo cita en su primera carta a los corintios (1 Cor 15, 1-11). Analizando este texto desde el punto de vista lingüístico, J. Delorme señala que podemos distinguir en él tres niveles:

- Nos encontramos en primer lugar con un juego de pronombres personales: yo/tú, nosotros/vosotros. Es el nivel de la comunicación actual entre las personas.

- Un cierto número de verbos en pasado («os he anunciado...») que se encuentran en nuestro texto nos sitúan en un registro narrativo. «El presente discurso recuerda una historia pasada, común a las dos partes que intervienen en el discurso».

- Otra serie de verbos en pasado y en tercera persona del singular («Cristo murió... fue sepultado... ha resucitado...») indican que el relato se ha convertido en algo que se recita, una especie de objeto que se transmite.

Lo cierto es que este nivel se interfiere, por su parte, con el presente: «resucitado» quiere decir que Jesús continúa vivo en nuestro presente; entre todos los verbos utilizados en aoristo (acto puntual sucedido en el pasado) uno solo se encuentra en perfecto: «ha resucitado». «Por nosotros»: su muerte no es considerada únicamente como un hecho pasado; atañe personalmente a Pablo, a los corintios y a todo creyente que recita el credo, ya que Jesús murió «por nuestros pecados». «A mí también se me apareció»: el acontecimiento del pasado irrumpe pues en la vida de Pablo.

Jesús, Pablo, los corintios (y todos aquellos que escuchan con fe esta proclamación): «estas tres historias se interfieren mutuamente. La de Cristo se encuentra con la de Pablo por la aparición, que separa en su vida un antes y un después. Por la proclamación del evangelio, la historia de Pablo se encuentra con la de los corintios, dividida igualmente en dos períodos, antes

y después de la acogida del mensaje de Pablo en la fe. El hoy del discurso es el de la vida resucitada de Cristo y el de la renovada existencia tanto del apóstol como de los creyentes. Este presente tiene un futuro: es preciso que Jesús reine hasta la total sumisión de todos sus enemigos, incluida la muerte, que será definitivamente vencida en su advenimiento (v. 23-38)» (JD 109).¹

Este brevísimo análisis² muestra por lo menos una cosa: «en los textos que tenemos a nuestra disposición no se trata únicamente de expresar los hechos desnudos de la resurrección de Cristo: todo esto está engarzado en un discurso personal en el que los que lo pronuncian están profundamente implicados» (JD 110). **Al afirmar su fe, el creyente afirma algo que le atañe personalmente.** Estos son los dos aspectos que vamos a estudiar en las primeras expresiones de la fe cristiana.

1. Creyente, ¿qué dices de Jesucristo?

Citemos en primer lugar algunas de las expresiones que sirven para proclamar la fe pascual en nuestros textos.

«Dios le ha **resucitado** (anistanai), a ese Jesús... **Exaltado** por el poder de Dios, ha de-

¹ *Digámoslo una vez más: no intentamos en este cuaderno decir cosas nuevas ni originales, sino facilitar la lectura de los estudios fundamentales sobre la cuestión. El libro de X. LEON-DUFOUR, Resurrección de Jesús y mensaje pascual. Sígueme, Salamanca 1969, es uno de ellos. Sin pretender canonizarlo en todos sus detalles, será nuestro principal guía en este capítulo (citando únicamente XLD y la página), al igual que la obra de J. DELORME, La résurrection de Jésus dans le langage du Nouveau Testament, en Le langage de la foi dans l'Écriture et dans le monde moderne. Cerf, Paris 1972, 101-182 (citada JD y la página).*

² Este análisis debería continuarse estudiando textos como 1 Tes 1, 1-10; 4, 13-18; Rom 1, 1-7... Véase JD 111-112.

rramado el espíritu... El Señor le ha dicho: **siéntate a mi derecha**... Dios le ha constituido **Señor** y Cristo...» Estas son las fórmulas utilizadas por Pedro en su primer discurso del día de pentecostés (Hech 2, 22-36). En su segundo discurso dice: «Vosotros matasteis al príncipe de la vida. Dios lo ha **resucitado** (égeirein)... Dios ha **glorificado** a su servidor Jesús» (Hech 3, 13-15). «**Resucitó** (égeirein)» (1 Cor 15, 4). «Ha **recobrado la vida**» (Rom 14, 9), escribe Pablo por su parte. El pagano Festus, en la relación policial que redacta para que acompañe a su prisionero a Roma, resume el asunto de la manera siguiente: «se trata de ciertas controversias entre Pablo y los judíos acerca de un difunto llamado Jesús, que Pablo sostiene que está **vivo**» (Hech 25, 19). Un antiquísimo cántico citado por Pablo dice: «Jesús se abajó hasta la muerte de cruz... Por eso Dios lo **exaltó** sobre todo y le concedió el título que sobrepasa todo título», el de Señor (Fil 2, 6-11).

Este rápido recorrido permite constatar que son **tres las imágenes** principales que fueron adoptadas espontáneamente para expresar el misterio:

- el esquema **«resurrección»**;
- el esquema **«exaltación»**, glorificación, sentarse a la diestra de Dios, el título de Señor;
- el esquema **«vida»**.

Tres esquemas que pueden reducirse a dos oposiciones: el tipo **muerte/vida** o **antes/después** y el tipo **humillación/exaltación** o **abajo/arriba**, ignominia/gloria, carne/espíritu.

Al estudiar el Antiguo Testamento, nos encontramos ya con este tipo de oposiciones. Esto quiere decir sencillamente que los primeros discípulos, para expresar el misterio realizado en la pascua de Jesús, utilizaron espontáneamente el lenguaje religioso de su época, lenguaje preparado por las escrituras.

Estudiemos brevemente estos tres esquemas en el Nuevo Testamento. Con esto pretendemos

entender lo que los cristianos querían decir cuando aplicaban estos esquemas a Jesús.

a) Dios ha **«resucitado»** a Jesús

La fórmula se presenta de varias maneras: el hecho se proclama solo o en oposición a la muerte; el autor es designado a veces explícitamente: Dios.

«Dios ha resucitado a Jesús de entre los muertos»: ésta parece que debió ser la fórmula más antigua (XLD 41).

La encontramos en las confesiones de fe que Pablo cita en sus cartas:

«Si tus labios profesan que Jesús es Señor y crees de corazón que Dios lo resucitó de [la muerte,

te salvarás» (Rom 10, 9).

«Servir al Dios vivo y verdadero y aguardar la vuelta desde el cielo de su Hijo, al que resucitó de la muerte, de Jesús, el que nos libra del castigo que

[viene» (1 Tes 1, 10).

«Si creemos que Jesús murió y resucitó...» (1 Tes 4, 14).

Esta fórmula irá desarrollándose poco a poco, apuntando ya un comienzo de interpretación:

● **«Como lo anunciaban las escrituras»**: probablemente cuando se utiliza esta expresión, no se hace alusión a uno u otro texto en concreto, sino lo que se pretende es situar la muerte de Jesús en el conjunto del plan de Dios, al igual que la expresión «al tercer día» que, como ya vimos, no es un dato cronológico sino teológico.

● **«Por nosotros»**: refiriéndose sin duda a Isaías 53, se intenta explicar de manera explícita el sentido de la muerte de Jesús, afirmando que no se trata de un castigo por sus pecados, sino de una expiación por los nuestros. La relación que se hace entre la muerte y la resurrección va en el mismo sentido: de esta manera se afirma claramente que esta última es la que da el sentido a la muerte; «es la respuesta de Dios

declarando redentora la muerte de Jesús» (XLD 36).

● Sólo lenta y progresivamente se fue aplicando a Jesús lo que al principio era considerado como obra de Dios. El culmen de esta toma de conciencia son las afirmaciones joánicas sobre el poder de Jesús de «volver a tomar la vida» (Jn 10, 18).

Como vimos al estudiar el Antiguo Testamento, esta fórmula es importante, pero encierra sus límites.

Su ventaja es que nos sitúa en el eje «antes/ después». Al utilizarlo, los cristianos afirman al mismo tiempo algo esencial: **el mismo** Jesús de Nazaret con quien vivieron antes de su muerte es quien ahora está vivo y por tanto con su ser corporal, ya que para un semita no puede haber vida sin él. Por ello le «reconocen».³

Pero esta fórmula tiene también sus límites. Así como a Jesús, se aplica igualmente a los muertos resucitados por Elías, Eliseo o por Jesús mismo; no basta para señalar la diferencia esencial entre los dos casos: si Lázaro ha «resucitado», tendrá que volver a morir. Por otro lado, la resurrección de Lázaro o la del joven de Naín no interesa más que a ellos mismos.

Por ello, esta fórmula necesitaba un cierto número de precisiones. Antes de ver cómo lo harán los cristianos, es necesario estudiar la otra fórmula que se sitúa en el mismo eje «antes/después».

b) Jesús «devuelto a la vida» por el espíritu (1 Pe 3, 18)

El tema de la «vida», aunque menos frecuente que el de la «resurrección», se encuentra también en el Nuevo Testamento. Citemos algunos textos:

«Cristo murió y recobró la vida»

(Rom 14, 9).

³ El reconocimiento de Jesús será uno de los temas importantes de algunos relatos de apariciones.

«Fue crucificado por su debilidad, pero vive ahora por la fuerza de Dios» (2 Cor 13, 4).

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que [está vivo?】 (Lc 24, 5).

El origen de esta fórmula hay que buscarlo una vez más en el lenguaje bíblico que modeló la fe de los apóstoles. En efecto, la fe esencial del creyente judío era que Dios es el «Dios vivo», el que da la vida, «el que da la muerte y la vida» (1 Sam 2, 6).

De hecho, ya en el Antiguo Testamento los vocabularios de resurrección y de vida se iban situando en el mismo plano. Citemos algunos ejemplos:

«Tus muertos vivirán, sus cadáveres resucitarán» (Is 26, 19).
«Muchos de los que duermen en el polvo [despertarán unos para la vida...]» (Dn 12, 2).

«En dos días él nos curará, el tercero seremos resucitados y viviremos en su presencia» (Os 6, 2 griego).

Por ello, este vocabulario de «vida» debía aflorar normalmente entre los primeros cristianos.⁴

⁴ Es posible que sea Pablo quien haya utilizado este esquema de manera más sistemática. M. Carrez señala, en efecto, que después de su desgraciada experiencia en Atenas (Hech 17, 16-34), donde sus oyentes no acaban de tragar precisamente la palabra «resurrección», Pablo, cuando no cita fórmulas tradicionales, reemplaza generalmente el vocabulario «resurrección» por el de «vida». Los griegos, que parece eran alérgicos al primero, es posible que tuvieran menos dificultades en admitir el segundo. (Véase M. CARREZ, L'herméneutique paulinienne de la résurrection, en La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 53-73). Esto explicaría que el vocabulario de vida se encuentre igualmente en Lucas, discípulo de Pablo y que escribe igualmente para griegos.

Si todo esto es exacto, nos encontraríamos ante un buen ejemplo de búsqueda de lenguaje adaptado y elocuente en circunstancia culturales dadas..., constituyendo al mismo tiempo una invitación para que hagamos lo mismo en nuestro tiempo.

El vocabulario «vida», cuando es utilizado solo, basta a veces para expresar el misterio pascual en los textos recientes como Heb 7, 8 o Apoc 1, 18; 2, 8, pero también lo encontramos en el antiguo canto citado por Pedro:

«El mesías sufrió por los pecados... sufrió la muerte en su cuerpo pero recibió vida por el espíritu» (1 Pe 3, 18).

Este vocabulario de «vida», situado en el mismo eje «antes/después» que el vocabulario «resurrección», tiene las mismas ventajas e idénticos inconvenientes.

Afirma claramente la identidad del que murió y que ahora vive, y posee además la ventaja de ser fácilmente comprensible. Cuando estos dos términos se ponen en relación con la muerte y la sepultura, manifiestan claramente que estos acontecimientos (muerte, sepultura, resurrección o vida, apariciones) se suceden y se inscriben en la historia de los hombres (XLD 37), incluso si la resurrección como tal está por encima de esta historia.

Pero el esquema «vida» tiene los mismos peligros: esta vida puede ser imaginada al igual que la vida corporal de antes de la muerte (como en el caso de Lázaro), o incluso ver en ella una especie de vida «espiritual», como decimos por ejemplo que Mozart «vive» en quien ejecuta sus obras. Era necesario pues corregir o completar estas representaciones. Esto se llevó a cabo de dos maneras.

La primera consiste en dar a esta vida un calificativo, diciendo por ejemplo que es «eterna» (Heb 7, 24-25; Apoc 1, 18), declarando que «Jesucristo resucitado de entre los muertos ya no muere» (Rom 6, 9). Se decía igualmente que Jesucristo resucitó como «primicias» y que esta resurrección no era por tanto un acontecimiento puramente personal, sino que era la **inauguración de un mundo nuevo**. Pablo nos ofrece las precisiones siguientes: Jesús ha resucitado como «primicias de los que murieron» (1 Cor 15,

20-23), es «el primogénito de entre los muertos» (Col 1, 18) y, por su parte, Pedro lo presenta en su segundo discurso como al «iniciador de la vida» (Hech 3, 15).

Al «subir» de los dominios de la muerte, el poder de ésta, cual madrastra que encerraba en su seno a los difuntos, se acaba: Dios obliga a la muerte a expulsar de sus entrañas a todos aquellos que tenía prisioneros, como tan acertadamente dice Pedro en su primer discurso (Hech 2, 24).⁵

Todo esto nos ayuda a entender que esta resurrección no es una «vuelta a la vida» cualquiera, sino que se trata de la resurrección «escatológica», la que el Antiguo Testamento esperaba que iba a llegar al final de los tiempos (Dn 12, 2; 2 Mac 7...), o «al tercer día, como lo anunciaban las escrituras». Se trata, ni más ni menos, del comienzo de la «resurrección general», si utilizamos nuestra propia terminología. No es pues un acontecimiento que interese sola y personalmente a Jesús, sino que se trata del acontecimiento final que nos toca a todos de manera esencial, ya que constituye la realización de la promesa de Dios.

Otra de las maneras de corregir estas representaciones consistió en la utilización de otras imágenes.

c) **Dios ha «exaltado» o «glorificado» a Jesús**

Muchas veces nos llevamos la gran sorpresa cuando constatamos que el Nuevo Testamento utiliza expresiones como «exaltación», «ascensión» o «glorificación» para hablar del misterio pascual. La razón es bien sencilla: estamos acostumbrados a utilizar casi exclusivamente en nuestro propio lenguaje la imagen de «resurrección».

⁵ Mt 27, 52-53 afirma lo mismo, pero en un marco simbólico.

Dos himnos a Cristo glorificado

En su carta a los filipenses, Pablo cita un himno cristiano muy primitivo. Su vocabulario y pensamiento están muy cerca de los discursos de los Hechos. Este cántico, de una teología muy primitiva y que intenta encontrar un modo de expresión adecuado, hace que comuniquemos con el entusiasmo de los primeros cristianos en su celebración del misterio pascual.

Su traducción es muy difícil y en cada palabra hay que elegir una de las múltiples variaciones posibles. Me atrevo a dar una transcripción libre, consciente de los peligros que entraña.¹

**Cristo Jesús, el icono de Dios,
no quiso tomar demasiado en serio lo de ser Dios.
Por ello, se despojó de su vida
después de haberse hecho el icono del servidor,
de haberse hecho como los hombres,
haber sido reconocido hombre como los demás,
se anonadó a sí mismo
obedeciendo hasta la muerte,
la muerte en cruz.
Por ello Dios le sobrealzó;
dándole un nombre, el más grande de todos
los nombres,
para que al nombre de Jesús,
en todo el universo,
todos caigan de rodillas y clamen:
«Jesucristo es SEÑOR»,
dando así gloria al Padre.**

La primera estrofa presenta a Jesús, hombre, antes de pascua; la segunda, después.

Dos figuras constituyen el telón de fondo de este texto. Adán, que no era más que hombre, pretendió ser «como Dios»; por su «desobediencia», causó su pérdida, símbolo de la nuestra. Cristo Jesús era hombre, pero abrazó totalmente nuestra condición histórica y no intentó, aunque por naturaleza tenía derecho a ello, ser en la tierra «como Dios».

Por el contrario, y ésta es la segunda figura, eligió ser el servidor, como todo hombre esclavo, pero sobre todo el servidor que sufre tal y como nos lo presenta Isaias (Is 53). Después de encarnarse, de haberse hecho hombre y reconocido como tal, «se despojó de sí mismo hasta la muerte» (cf Is 53, 12).

Dios había escuchado la oración del profeta que le pedía aceptase el sacrificio del servidor (Is 53, 10); de la misma manera acepta el sacrificio de Jesús y le «sobrealza» (cf 52, 12). A quien se había convertido en un número, dio un nombre —comenta magníficamente Dorothee Sölle—, el nombre de «SEÑOR»; un nombre que es al mismo tiempo un nombramiento: Jesús recibe «la fuerza que le capacita para someter todas las cosas» (Fil 3, 21), para poder un día, cuando todo le haya sido sometido, presentar al Padre el mundo entero totalmente disponible a su amor (1 Cor 15, 28).

Es posible que la palabra «icono» extrañe. Generalmente esta palabra es traducida por «forma» o «condición», y éste es el único texto del Nuevo Testamento en el que se encuentra. Las antiguas traducciones utilizan la misma palabra para traducir nuestro término y la palabra «imagen» del Génesis (Adán creado a imagen de Dios); los padres de la iglesia hacen lo mismo. Además, «imagen» (eikôn, en griego) es la palabra que pareció a Pablo más apta para expresar el misterio de Cristo. «Es imagen del Dios Invisible» (Col 1, 15). Pero este término «imagen» es ambiguo en nuestras lenguas: muchas veces nos hace pensar en una simple y lejana reproducción. Por el contrario, para los semitas como Pablo, el término evoca identidad de naturaleza. La palabra «icono» posee la riqueza de toda la tradición ortodoxa: el icono no es una simple imagen; implica la presencia. «El icono sitúa ante nosotros una presencia personal convertida en sacramento de la belleza divina. Esta presencia nos empuja a la alabanza y nos introduce en la comunión de los santos» ¿Podríamos encontrar un término más adecuado para traducir la «condición» de Jesús? «En Cristo, que no es solamente la palabra de Dios sino su imagen, habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad» (Col 2, 9). O. Clément.

Sea lo que fuere de las opciones exegéticas hechas en esta transcripción, una cosa llama la atención en este magnífico poema: todo el misterio de Cristo está resumido en él, sin que las palabras «resurrección» o «vida» aparezcan por ningún lado. El esquema utilizado constantemente es el de «abajo/arriba», «humillación/exaltación»; por ello, las figuras que nos vienen inmediatamente a la mente son las del servidor que sufre y es exaltado (Is 52, 13-53, 12) y la del hijo del hombre (Dan 7).

En la primera carta a Timoteo nos encontramos con otro himno: 1 Tim 3, 16.

*Su introducción contiene las siguientes palabras:
«¡Qué grande es el misterio del encuentro de Dios!»*

(lit. de la piedad). Es decir, el autor considera que este cántico es un perfecto resumen de la «piedad», o, dicho de otra forma, del «cristianismo». Para este autor se trata de algo escondido, de «un misterio», misterio que nos ha sido revelado, ya que «Cristo se ha

**manifestado corporalmente
justificado en el espíritu,
visto por los ángeles,
proclamado entre los paganos,
creído en el mundo,
elevado a la gloria.»**

Seis verbos uno detrás de otro. Evidentemente no pretenden presentar una solución cronológica, sino que están organizados en tres oposiciones de las cuales cada una presenta el conjunto del misterio: cuerpo/espíritu, ángeles/hombres, mundo/gloria. «El segundo miembro de cada pareja está unido con el primero del siguiente (espíritu/ángel; paganos/mundo) de tal manera que el primer miembro de la primera pareja contrasta con el segundo de la última: toda la composición está fundada entre los dos términos opuestos 'manifestado corporalmente' y 'elevado a la gloria'. De esta manera, la oposición arriba/abajo estructura cada pareja y el conjunto del texto» (JD 134).

Por otro lado, se nos dice que este misterio escondido se ha manifestado corporalmente, es decir en la existencia terrestre de Jesús. «Manifestación ciertamente limitada; el hecho de que se le haya hecho justicia («justificado») supone la existencia de un proceso entre Dios y el mundo en el cual Jesús es el acusado y del que sale victorioso. Esta victoria ha sido posible gracias al espíritu. Esta nueva existencia según el espíritu «permite una nueva manifestación del secreto, pero siguiendo modos diferentes arriba y abajo. Arriba, el misterio de Cristo se apareció a los ángeles, ya que fue elevado a la gloria celeste. Abajo, el hombre recibió la noticia proclamada incluso entre los paganos, acogida en la fe» (JD 135).

Una vez más, todo el misterio de Jesús está expresado en términos de exaltación, sin alusiones al vocabulario de resurrección o de vida.

¹ Esta transposición lleva consigo un cierto número de opciones exégeticas que no es posible explicar ni defender en estas líneas y sobre las que los especialistas discuten.

«Dios ha glorificado a su servidor Jesús»

(Hech 3, 13).

«Dios le ha constituido señor...» (Hech 2, 36).

«Jesús se bajó hasta la muerte ...por eso

[Dios le exaltó...]» (Fil 2, 6-11).

Hay dos textos que son particularmente significativos por ser relativamente amplios y muy antiguos: se trata de los himnos que se encuentran en la carta de Pablo a los filipenses y en la primera carta a Timoteo.

Estos textos no hacen la más mínima alusión al vocabulario de resurrección o de vida.

Existen sin embargo otros textos en los que estos diferentes tipos de expresión se encuentran mezclados.

«Confíaís en Dios que lo **resucitó** de la

[muerte y lo **glorificó**]» (1 Pe 1, 21).

«Pero si tus labios profesan que Jesús es

[señor

y crees de corazón que Dios lo **resucitó** de

[entre los muertos... (Rom 10, 9).

«Sufrió la muerte en su cuerpo,
pero **recibió la vida** por el espíritu...

(El mesías) a quien se sometieron ángeles, autoridades y poderes, llegó al cielo y **está a la derecha de Dios**» (1 Pe 3, 18-22).⁶

Podríamos citar igualmente Ef 4, 7-10; Rom 10, 5-8; 1 Pe 4,6 (cf. XLD 61-64).

Estamos tan acostumbrados al esquema «histórico» en apariencia que nos ha impuesto Lucas (sucesión: muerte-resurrección-ascensión-pentecostés), que lo utilizamos instintivamente cuando leemos todos los demás textos; la «exaltación», por ejemplo, la entendemos como «algo» que se añade, temporalmente, a la resurrección. Para los primeros cristianos, hablar de exaltación, de glorificación, de ascensión o de sentarse a la derecha de Dios no era sino diferentes maneras

⁶ Parece que Pedro se inspira en este pasaje del himno que Pablo cita en la carta a Timoteo. Véase M. E. BOISMARD, Quatre hymnes baptismales dans la première épître de Pierre. *Cerf, Paris 1961, 57-94.*

